

Mayo de 2019

Haciéndole el quite a la violencia: Jóvenes y construcción de Paz en Puerto Tejada.

Proyecto de grado en Antropología

Laura Villegas Buitrago
Directora: Inge Helena Valencia

A James, para no olvidarte.

TABLA DE CONTENIDO

| | |
|---|----|
| AGRADECIMIENTOS | 3 |
| INTRODUCCIÓN | 4 |
| CAPÍTULO I: | 8 |
| 1.1. Una historia de violencia..... | 8 |
| 1.2. ¿Violencia, o violencias?..... | 12 |
| 1.3. La pregunta por las posibilidades..... | 18 |
| CAPÍTULO II: | 20 |
| 2.1. Historia local de Puerto Tejada | 23 |
| 2.2. Del despojo de la finca tradicional a la irrupción de los ingenios..... | 27 |
| 2.3. De pueblo rebelde a pueblo en conflicto: Narcotráfico, paramilitarismo y pandillas.... | 30 |
| 2.4. Resignificación de la historia | 33 |
| CAPÍTULO III:..... | 35 |
| 3.1. Joven Entre Jóvenes | 36 |
| 3.2. Sobre ser Joven en Puerto tejada..... | 40 |
| 3.3. Manuel: “Una licenciatura dura toda una vida” | 43 |
| 3.4. Daniel: “La danza contemporánea, es como la poesía que yo puedo escribir, pero en el cuerpo.”..... | 46 |
| 3.5. Ser Mujer Joven en Puerto | 52 |
| 3.6. Lidia: “Queremos romper el machismo” | 53 |
| 3.7. Ana: “Puerto no tiene remedio” | 55 |
| 3.8. Construyendo una Agencia Afrojuvenil..... | 57 |
| CONCLUSIONES: | 60 |
| REFERENCIAS..... | 66 |

AGRADECIMIENTOS

Al grupo de jóvenes de Puerto Tejada que se animó a compartirme sus historias, confiar en mí, y regalarme un poquito de su vida en esas extensas jornadas de entrevistas que se pasaban rápido en medio de la risa. Por animarse a conocer también mi historia y descubrirnos mutuamente en este proceso de crecimiento.

A Dilme, Janner, y César, por tener para mí las puertas siempre abiertas de Sinécio Mina, y la constante disposición de escucha y enseñanza ante mis constantes dudas sobre Puerto Tejada, su historia y sus dinámicas.

A mi directora de tesis, profesora, jefa y mamá académica, Inge Valencia, por abrirme una y mil puertas en el transcurso de los últimos dos años y orientarme, acompañarme y reírse de mí en este y todos los demás proyectos académicos, profesionales y personales que van surgiendo.

A mi familia por permitirme ser lo que quería ser y no limitarme las oportunidades, sino animarme a descubrir mis posibilidades con la misma fuerza, independencia, curiosidad y empatía que ellos me enseñaron.

Al proyecto Constructores de Paz, el equipo de investigación y las y los jóvenes participantes por llegar a mí, permitirme un espacio en este, su permanente disposición al diálogo y enseñarme constantemente el potencial de la agencia juvenil y la posibilidad de impactar vidas positivamente desde la investigación académica.

A todos esos amigos y compañeros temporales, los que están y los que se fueron, por escuchar, acompañar y calmar mis constantes crisis de ansiedad y llamadas en altas horas de la noche. Por escuchar hasta el cansancio las lecturas en voz alta de algunos textos aquí plasmados en su proceso de escritura, y sus miradas de entusiasmo que correspondían a las mías.

INTRODUCCIÓN

Esta investigación, al igual que la antropología, llegó a mí a modo de coincidencia. A lo largo de mi vida no reflexioné sobre las dinámicas de la violencia más allá de lo que obligaban mis cursos, pretender entender personas de mi propia generación parecía algo absurdo, e irme a un municipio a media hora de Cali parecía algo innecesario que nunca que me hubiera cruzado por la cabeza. Sin embargo, la posibilidad de este proyecto llegó hace aproximadamente dos años junto con una oportunidad de monitoria en la universidad. Este trabajo permitió que me ligara al Proyecto *Constructores de Paz: Mi Cuerpo, Mi barrio, Mi Ciudad*, financiado por IDRC Canadá y llevado a cabo por la Universidad Icesi, ligada a organizaciones como La Casa Cultural del Chontaduro en Cali, Rostros y Huellas en Buenaventura, y Sinecio Mina, en Puerto Tejada, donde se llevó a cabo esta investigación.

Este proyecto de investigación/acción con jóvenes y mujeres afro que busca reconocer la agencia política y potencializar la participación de jóvenes y de mujeres negras de los sectores históricamente marginados de Santiago de Cali, Buenaventura y Puerto Tejada en la construcción de nuevas tecnologías de inclusión social y participación ciudadana, en contextos donde las intersecciones de las identidades de raza, clase social, edad y de género juegan un papel central para el acceso a las oportunidades económicas, políticas y sociales. Y cuyo objetivo general, que cobija esta investigación, es analizar los factores estructurales de las dinámicas de la violencia racial, juvenil y de género, para identificar respuestas innovadoras para la construcción de territorios de paz y ciudadanía en el contexto urbano del postacuerdo.

Para esto, se llevaron a cabo una serie de diplomados en cada nodo, los cuales abordaron temáticas alrededor de los retos y oportunidades de los contextos, por ejemplo, problemáticas de género y talleres de políticas públicas. Adicionalmente se realizaron encuentros afrojuveniles que permitieron una interacción entre los jóvenes de los distintos nodos y un reconocimiento de las problemáticas que se creían propias en otras ciudades. Constructores de Paz me abrió un lugar en sus espacios de discusión con diferentes actores, me facilitó llegar a los jóvenes participantes de esta investigación, y me permitió interactuar constantemente con las organizaciones participantes, quienes me abrieron sus puertas ante mis constantes preguntas.

Por cuestiones de transporte, facilidad de movimiento y los tiempos de mis semestres con algunas materias por cursar, Puerto Tejada se tornó el lugar más viable para realizar mi investigación.

Durante la realización de mi anteproyecto la organización inicial que trabajaría con Constructores de Paz decidió no seguir en él. Durante ese tiempo, mis preguntas y respuestas cambiaron constantemente, no conocer la población con la que trabajaría, el municipio y la incertidumbre de los tiempos de inicio del diplomado lograron que por momentos me sintiera ajena al tema, y un tanto intimidada por no haber llegado yo a él, sino él a mí. Sin embargo, el iniciar a trabajar con estos jóvenes lograron, además de generarme infinidad de preguntas más, motivarme a viajar a Puerto constantemente sin importarme en mayor medida que faltaba a clases, a notar cada vez más mi posición de privilegio, y sentirme sumamente afortunada por llegar a ellos.

Esta investigación busca profundizar en las historias de vida de varios jóvenes que viven en contextos de violencia. Esto incluye historias de violencia, de dudas, de incertidumbres, ansiedades, miedos, expectativas, resistencias y algunos planes y posibilidades a futuro. Básicamente, muchas de las facetas que hacen parte de *ser joven*, con la particularidad de un contexto que parece no querer ayudar a cumplir con esos sueños y expectativas de lo que consideran que deben ser sus vidas. Estas entrevistas causaron largos ratos de reflexión, no solo para quienes tomaron la decisión de compartirme sus vidas, sus historias y sus formas de interpretar su realidad, sino para mí como investigadora. Trabajar con jóvenes no parecía un trabajo muy complicado hasta que tuve que reconocer que yo misma formaba parte de mis sujetos de investigación. A pesar de los distintos contextos, mientras compartimos nuestras historias –porque también compartí la mía– notamos que eran muchos más los puntos en común que las diferencias. Reconocimos en el otro esa sensación de estar en un estado borroso en el que no somos adultos o adolescentes, donde somos muy grandes para hacer cosas a la ligera, pero muy jóvenes para ser tomados del todo en serio.

Esta línea de separación entre ellos y yo, que inicialmente debía poner límites entre el investigador y el sujeto de estudio para *no manchar los resultados* se tornó borrosa. Estas interacciones me dejaban cada vez con más dudas; empecé a cuestionarme a mí misma mientras los escuchaba ¿por qué ellos hacían en ese contexto y yo no en el mío? Terminaba por regresar a mí casa con más dudas sobre mí misma que sobre ellos. Durante un tiempo consideré que esto era un problema para mi investigación ¿cómo iba a resolver mi pregunta de investigación. Consideré por varios meses que mis análisis no respondían a mis preguntas iniciales, mis reflexiones más bien se salían de las posibilidades del proyecto, y en el caso de incluirlas, perdería su seriedad investigativa. Sin

embargo, tras más de un colapso nervioso y conversar esto con mi directora, la posibilidad de profundizar en la antropología reflexiva respondía de manera adecuada al efecto que había tenido en mí el trabajo de campo y la constante interacción con esta población.

Intenté resignificar mi subjetividad en las palabras de Caicedo (2003), como el resultado de pensar y a la vez ser delineados por la realidad que se vive, y cuya función está en dar sentido a las prácticas sociales y su asociación a la temporalidad que terminan por definir a los sujetos en cuanto a su historia, motivaciones, ideales, lugar de enunciación, entre otros. El antropólogo es formado como un sujeto que debe estar en constante reflexión, cuestionando no solo las prácticas o ideales del objeto de estudio, sino también las suyas. Considero que, a través de los diversos procesos de investigación, el enfrentarse a uno mismo en un constante proceso de socialización en un contexto externo al usual, obliga a repensarse a uno mismo como sujeto sacado de su forma de confort, y cuestionarse más a sí mismo que a las mismas problemáticas que se buscan investigar. Durante estos meses conocí a varios jóvenes. Compartimos nuestras subjetividades, historias y motivaciones, pero más allá de escuchar, conocer e intentar comprender sus procesos, entendí mi posición ante diversos procesos propios, cuestioné constantemente mi posición de privilegio y lo que hacía con mis posibilidades. Al final, me conocí más a mí, de lo que los conocí a ellos.

Este escrito, cuyo objetivo general es indagar cómo algunos jóvenes de Puerto Tejada construyen paz en medio de un contexto de violencia urbana, desigualdad social y falta de oportunidades, y sus objetivos específicos son 1) identificar las dinámicas de la violencia que afectan a los jóvenes en Puerto Tejada, 2) conocer algunas de las alternativas que tienen los jóvenes a la violencia, y 3) establecer relaciones entre las formas de resistencia y el contexto social y económico de Puerto Tejada, contiene tres capítulos en los cuales se desarrollarán: en el Capítulo I, un desarrollo de las categorías claves de análisis de esta investigación y el desglosamiento de la noción de violencia o las violencias, en el Capítulo II el contexto histórico de Puerto Tejada como pueblo que se ha enfrentado constantemente a la violencia y su respuesta a estas problemáticas, y en el Capítulo III las historias de vida de cuatro jóvenes de Puerto Tejada que participaron en el desarrollo de este proyecto de investigación. Cada uno de estos capítulos estará acompañado de una breve reflexión propia durante los distintos momentos y facetas de este proyecto. Finalmente, se presentarán los hallazgos y conclusiones de la investigación.

Esta investigación se realizó entre febrero del 2018 y mayo del 2019. La metodología consistió en un enfoque etnográfico y colaborativo con el proyecto Constructores de Paz y sus diferentes actividades, constante interlocución con las distintas organizaciones sociales y grupos de jóvenes, entrevistas semiestructuradas, observación participante en los diplomados y encuentros, revisión de archivo y prensa sobre el municipio, y algunas miras de antropología reflexiva.

CAPÍTULO I:

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA VIOLENCIA



Parque central de Puerto Tejada

Fuente: propia.

1.1. Una historia de violencia.

Tras presentar un estructurado marco teórico, cuando mi directora de tesis me pidió una justificación de mi investigación en su lugar, pensé que lo ideal era de alguna forma traducir la justificación de Constructores de Paz a un nivel más específico que se ajustara a mi proyecto. Era una explicación muy simple y distante: con el postacuerdo se habían reducido los índices de violencia en el campo, sin embargo, la violencia en las zonas urbanas seguía aumentando y los jóvenes eran sus principales víctimas. Podía explicar estas violencias desde las distintas definiciones y clasificaciones de mi marco teórico, planteaba que la raíz de estas era la desigualdad que surgía por un montón de violencias estructurales que no permiten acceder a oportunidades de una forma equitativa. Era importante investigar a jóvenes en contextos de violencia urbana porque a raíz de estas desigualdades, los estaban matando.

Sin embargo, durante mi investigación, aunque la estudiaba -y en teoría la entendía-, había una inevitable distancia entre la violencia que pretendía analizar y mi posición como investigadora y

estudiante universitaria. Hasta que, en cierto punto de mi proceso de escritura, mi justificación para estudiar jóvenes en contexto de violencia urbana llegó de una forma absurda que hubiera preferido evitar a toda costa. Esa explicación simple y distante se había tornado ahora en una historia un poco más extensa y personal de lo que planeaba inicialmente, la cual se irá entrelazando constantemente con mi proyecto de investigación, ya que, son dos procesos que actualmente no puedo mirar por separado.

Básicamente, mi historia iniciaba a finales de 1994 en una vereda a dos horas de Buga, donde está ubicada la casa de mis abuelos maternos y aún residían algunos familiares. En noviembre de ese año uno de mis tíos fue asesinado por un guerrillero de las FARC. Su muerte fue el resultado de un *lío de faldas* por la novia de mi tío, una profesora de la escuela de la cual un guerrillero se había enamorado, y queriendo sacar a mi tío del camino, sacó provecho de su poder en la vereda, su acceso a armas, y le dio varios tiros a mi tío en plena luz del día y a tan solo dos casas de la nuestra. Mis primos mayores aún recuerdan las manchas de sangre en su camiseta blanca, su usual chaqueta verde para el clima frío de la montaña y la desesperación en la cara de mi tía mientras agarraba los casquillos de las balas rogando que se pudiera hacer justicia con ellos.

Mi tío tenía 24 años, era el único de los 10 hijos que había terminado el bachillerato y aún es recordado por su enorme sonrisa con hoyuelos. Desde su muerte la casa quedó vacía. El miedo y el mal recuerdo alejó a mi familia de su vereda natal por 24 años más. Hasta que, tras los acuerdos de paz se tomó la decisión de perdonar, dejando el miedo y mal recuerdo atrás. En el 2018, por primera vez en muchos años, se reunió en su casa materna esa familia de 10 hijos que se había extendido a más de 40 personas entre nietos, bisnietos y amistades cercanas. Ese retorno significaba la paz para mi familia y para mí, que crecí y me construí a partir de esa historia de violencia y desplazamiento.

Por varios meses consideré que ese era el final feliz para mi familia después de vivir la violencia. Lastimosamente, a nivel familiar, igual que a nivel nacional, la paz en el campo no nos dejó inmunes a la violencia en la ciudad. En 1996, mi familia decidió intentar mantener viva la memoria de mi tío tras el nacimiento de uno de mis primos. Para mi tío, la memoria del hermano que había perdido merecía estar en más que sus recuerdos, así que nombraron a mi primo James, como mi tío fallecido. Seguramente la elección del nombre no tuvo nada que ver con lo que pasaría después, pero se sentiría como un chiste de mal gusto que haría más fuerte el golpe para mi familia.

Mi primo James, también con una sonrisa inolvidable y un solo hoyuelo, fue asesinado con un arma de fuego en la ciudad de Cali a sus 22 años a manos de dos personas que pasaban en un carro. Una de las versiones dice que le bloquearon el camino mientras él iba en su moto, dicen que él se bajó a reclamar la imprudencia, ante lo cual, la reacción de las otras personas fue sacar un arma y disparar hacia las costillas. El disparar a esta zona usualmente no coincide con la intención de matar. Normalmente, su principal objetivo es dar un mensaje, una amenaza, y dejar con vida. No sé ni quise preguntar exactamente qué llegó a rozar la bala, pero algo vital alcanzó a ser impactado y mi primo no sobrevivió al impacto.

Por segunda vez, y con el mismo dolor, o incluso más ante el sentimiento que despertaba aquella frase, mi familia tuvo que escuchar de nuevo el grito de “¡MATARON A JAMES!”. Como todos estos eventos, y como esa llamada un sábado 22 de diciembre después de la 1 de la mañana, la noticia nos tomó por sorpresa. Mientras mi tía gritaba nuevamente con la misma desesperación de hace 24 años, mi mamá y yo nos sentamos en una especie de estado de shock con llantos esporádicos que duraron varios días más. Ellas habían perdido al sobrino que habían visto crecer y yo sentía la injusticia de que le arrebataran tan temprano la vida a mi primo, cuando yo, con su misma edad, sentía que faltaba tanto por vivir.

No diré que mi primo James y yo éramos cercanos, porque no lo éramos. No compartimos ninguna relación especial y casi nunca nos veíamos. Tuvimos una pequeña parte de nuestra infancia juntos, compartimos el día de nuestro bautismo y la última vez que lo vi fue hace aproximadamente dos años (no fui capaz de verlo en el ataúd). Tras su muerte, más que tristeza, sentí rabia. La raíz de esto era que, aunque teníamos la misma edad y veníamos de la misma familia, nuestras vidas habían tomado rumbos totalmente diferentes. Mientras yo cursaba mi carrera en una universidad privada, viviendo en un apartamento pagado por mis papás, él había crecido en un barrio de estrato medio-bajo en Cali donde aún vivía con su mamá, la pareja actual de ella y su hermana. Tenía una hija de dos años, y tras terminar el bachillerato había decidido trabajar para ayudar con cuentas y esas cosas. Con todo eso, el seguir estudiando no parecía entrar en el panorama.

El día de su funeral confirmamos lo poco que conocíamos de él. Entre su familia materna que nos habló de como puso siempre a su mamá, hermana y abuela como prioridad, llegaron sus compañeros de trabajo, personas con ropa de oficina que lloraban sin parar. Uno de sus jefes -que cantaba música cristiana- habló de cómo en su última reunión mi primo le pidió que cantara y él

se negó. Ahora estaba cantándole a un ataúd mientras otros compañeros contaban historias sobre la gran persona que era y su enorme sonrisa. Esta escena contrastó de una forma chocante con varios grupos de jóvenes, unos pocos que entraron a la funeraria con una actitud tímida y nerviosa, más dos grupos grandes que se establecieron por un rato en esquinas opuestas fuera de la funeraria de una forma casi intimidante que llegó a poner nerviosa a parte de mi familia. No sé realmente quién era mi primo, y supongo que no lo llegaré a saber, ya que, en el momento de su muerte, él había tomado distancia de mi familia tras un llamado de atención por parte de mi tío que pareció no agradaarle, y tras el cual no lo volvimos a ver. En todo caso, si nos dejamos llevar por las apariencias y los imaginarios usuales, basándome en el funeral, mi primo no era una mala persona y mantenía los valores que yo también había aprendido, en los que el ayudar a la familia es primero y las cosas hay que ganárselas con trabajo duro. Sin embargo, posiblemente mi primo no tenía el mejor círculo social.

La historia de su muerte a causa de una discusión por una imprudencia vial se tornó difícil de creer. Por momentos mi mamá recuerda, y vuelve a sentir la rabia de dos jóvenes que, tras saludar a algunos conocidos, se reían de forma burlesca a la distancia mientras mi primo era enterrado. Pensé en las historias de los asesinatos en Puerto Tejada y las veces que me explicaron que lo más común es que estas sean a manos de conocidos o amigos. ¿Había muerto mi primo a causa de alguna de las personas que había asistido a su funeral?

Teniendo en cuenta el sistema de justicia colombiana y mi no querer saber demasiados detalles alrededor de la muerte de mi primo, posiblemente no llegue a resolver esa pregunta. Sin embargo, sabiendo que nuestros contextos nos llevaron a ser tan diferentes y que las oportunidades que tuvimos fueron tan desiguales, siento casi una responsabilidad frente a este tema. Es por ello que decidí que estas inquietudes o esta historia personal, podría abordarla desde mis inquietudes académicas. Por esto, decidí profundizar en la relación entre jóvenes y violencia, lo cual fue posible, en la medida en que me vinculé como asistente de investigación al proyecto “Mi cuerpo, mi barrio, mi ciudad: aportes afrojuveniles y femeninos a la Colombia urbana del postacuerdo”. Este proyecto financiado por el Instituto de Investigaciones al Desarrollo de Canadá y la Universidad Icesi busca reconocer la agencia política y potencializar la participación de jóvenes y de mujeres negras de sectores históricamente marginados de Cali, Buenaventura y Puerto Tejada, en contextos donde las intersecciones de las identidades de raza, clase social, edad y de género

juegan un papel central para el acceso a las oportunidades económicas, políticas y sociales. Por eso mi historia, se enlaza con esas otras historias, que tienen en común denominador la transformación de las dinámicas de la violencia, y el impacto que esta tiene sobre los y las jóvenes en distintos lugares del país.

1.2.¿Violencia, o violencias?

Actualmente, Puerto Tejada cuenta con una población de 46.166 habitantes (el 88% en zona urbana, y el 12% en zona rural), de los cuales, el 97,26% es negra, mulata o afrocolombiana y el 35% está entre los 10 y los 30 años (TerriData, 2019). La tasa de homicidios es de 108,8 por cada 100.000 habitantes, la cual supera por mucho la tasa nacional que es del 24,8 por cada 100.000 habitantes. En este orden de ideas, contamos con una amplia población joven, en su mayoría negra, que se enfrenta a muy altos índices de violencia.

Estos jóvenes se sumergen en un mundo de dinero fácil a cambio de intimidar o acabar con la vida de otras personas, sin embargo, esto parece el resultado de años de violencia estructural. Nos encontramos en un territorio con un historial de expropiación y presencia estatal selectiva que no ha garantizado el acceso a oportunidades. Si bien contamos con acceso a la educación pública, encontramos con que los resultados de las pruebas ICFES del 2017 se encuentran significativamente debajo del promedio nacional (TerriData, 2019), dejando en evidencia que la calidad de esta deja a los jóvenes en condiciones desiguales que posteriormente serán un obstáculo a la hora de querer acceder a una educación superior.

Por lo anterior, nos hallamos con una población joven, afro, con pocas oportunidades que parecen reducirse a la ilegalidad, la cual con ayuda de la prensa amarillista se ha hecho una fama de violencia que ha permitido una fuerte estigmatización hacia afuera del municipio. Al interior del municipio se cuentan historias sobre puestos de trabajo que se fueron negados por el color de piel, el lugar de procedencia, de oportunidades que se perdieron sin una justa razón, funcionando a modo de securitización. Perpetuando así, un círculo vicioso en el que las puertas se cierran y la mayor parte de una población se ve estancada en una posición de desventaja.

Esta investigación se basa en las historias de vida de jóvenes en contextos de violencia urbana en Puerto Tejada, la cual se sobreentiende si se conoce un poco sobre el contexto del municipio, pero,

a ciencia cierta ¿en qué consiste la violencia? Cuando mencionamos la palabra violencia, y se nos hace pensar en una representación de esta, usualmente la primera imagen que se nos vendrá a la cabeza consistirá en algún acto físico y seguramente amenazante. Tal vez pensemos en ese familiar que perdimos, visualicemos una escena de un robo, un asesinato, una pelea, posiblemente esto incluya un arma blanca o de fuego, todas estas particularidades dependen de nuestra propia subjetividad, de nuestras propias historias de vida, las narraciones familiares, lo que hemos visto en las noticias, en las películas, en los cientos de videos amarillistas que se mueven a diario en las redes sociales queriendo mostrar lo fuerte de las realidades, o simplemente saciar los deseos de alguien de ver sangre.

La palabra violencia nos puede llevar a pensar en una infinidad de situaciones, personas, imágenes, muchas veces distantes a nosotros. Pero, en nuestro contexto colombiano, en el que nos movemos a diario, la violencia se expresa en tan diversas maneras que deja de ser una sola. La muerte de mi primo con un arma no fue la única violencia, también lo que fue no pudiera seguir estudiando porque no tenía los recursos y había que trabajar. La violencia está presente en la persona que rechazaron en un puesto de trabajo por su color de piel o su procedencia, en el cortero de caña que trabaja de sol a sol en condiciones inhumanas por un pago no proporcional a las ganancias del ingenio azucarero, en esa persona que no puede llegar a otro lado de la ciudad por las fronteras invisibles y en una cantidad de situaciones más que se dan a diario en nuestras realidades no tan lejanas. La violencia se expresa de tantas formas tan distintas entre sí, que se puede clasificar de mil maneras: según quien la sufre, la forma de agresión, el motivo, quien la causa, el lugar, entre otras (Del Olmo, 2000). En términos muy generales, la violencia que acabó con las vidas de mi tío y mi primo suele ser definida como el uso de la fuerza por parte de un sujeto para obtener un fin (González, 2013). Estas personas querían lograr algo, sacar a alguien del camino, enseñar quien mandaba. Posiblemente, nunca estarán del todo claras las razones, pero sí es posible afirmar que en estos casos y muchos más, la violencia es el medio, no un fin.

Según Camacho (1992), las dinámicas de la violencia buscan -y normalmente logran- transformar, establecer o mantener situaciones, relaciones, comportamientos o condiciones que establezcan de manera simbólica la situación de poder de quien la ejerce. Dudo mucho que después de la muerte de mi tío alguien de la vereda se haya animado a invitar a salir a esa maestra de la escuela, había quedado clara la posición de poder y de ejercicio de la violencia de aquel guerrillero. Estas

situaciones de violencia -y muchas otras- buscan reestructurar el orden social a favor de ciertos actores específicos que cuentan con motivaciones, recursos, y posiblemente organizaciones -que pueden ser o no legales-. El uso de violencia puede estar legitimado en ciertas circunstancias desde el Estado, cuando, por ejemplo, organizaciones como la Policía Nacional pueden hacer uso de estas para, como lo definía anteriormente, reafirmar la posición de poder del Estado y garantizar el orden social establecido, el cual se observa en los actores que coexisten en este espacio, sus formas de relacionarse, las prácticas de cada uno y las dinámicas de poder que se dan al interior de estas interacciones sociales (Valencia y Vinasco, 2018).

Sin embargo, estas dinámicas se pueden recrudecer en contextos donde dos o más actores luchan por establecer su propio orden en un mismo territorio, ya que, estos pueden llegar a cambiar dinámicas internas fuertemente desde una transformación, ya sea en la forma de empleabilidad, la llegada de personas externas al territorio y, en algunos casos, comúnmente asociados a grupos armados, el ingreso de dinámicas asociadas a las drogas. Sin embargo, esta reconfiguración representa una reinterpretación de los símbolos (Penglase, 2008) (Bourgois, 2003), los espacios y las relaciones con base en estas nuevas dinámicas. Ante eso nos podemos preguntar ¿qué pasa en Puerto Tejada donde el Estado y 32 pandillas quieren establecer su propio orden? Una posible respuesta podría ser que como resultado obtenemos un municipio con una tasa de homicidios de 106,9 por cada 100.000 habitantes, cuando la tasa a nivel nacional -que de por sí ya es alta- es de 24,8 por cada 100.000 habitantes (DANE, 2018).

A pesar de que estas estadísticas nos dan pistas de qué está pasando ante estas disputas del poder, surgen muchas más preguntas a partir de esto. ¿Por qué en un municipio de solo 46.088 habitantes (DANE, 2018) hay más pandillas juveniles que barrios? Si bien, puede haber infinidad de motivos que respondan a esto, uno de los principales factores es el resultado de una violencia estructural que ha marcado de forma inevitable a la población. Este tipo de violencia “implica una acumulación de poder y la construcción de un orden político que genere y mantenga una ideología que permita la reproducción de dicho sistema” (González, 2013, p. 6). Crea y mantiene situaciones de abandono -en el caso estatal-, de dominación económica, social, cultural, en resumidas cuentas, de desigualdad. Esta brecha se ve aumentada constantemente como consecuencia al sistema económico capitalista que permite el enriquecimiento de unos pocos a costa de la explotación de una población con menor acceso a oportunidades, este “es un proceso que requiere de coerción, de

imposición, y, por lo tanto, es aquí donde reside la violencia estructural” (González, 2013, p. 5). Se mantiene como un ciclo en el que un trabajador con un salario mínimo no puede brindar a sus hijos educación superior, y estos, a su vez, tendrán que optar por empleos con bajos salarios que no permitan una mejora significativa en la calidad de vida. Si bien se puede entrar en la discusión de cómo se puede acceder a la educación superior pública, es necesario resaltar que estas oportunidades no se pueden aprovechar cuando la educación básica y media se ha dado en una institución pública que deja bastante que desear. Muchos jóvenes se gradúan de instituciones públicas en una posición de desigualdad, como bien se sabe, “los resultados de las pruebas PISA de 2015 reflejaron que la brecha entre las instituciones oficiales y las privadas era de 39 puntos; es decir, un año de escolaridad” (El espectador, 2019).

Esta es la violencia que no se muestra, que no se reconoce como violencia a simple vista, que en forma de desigualdad “está matando a millones de personas anualmente, por desnutrición, enfermedades” (Machado y Ocoro, 2004, p. 7), y termina por ser una causante de violencias directas. Hace unas semanas en una reunión del proyecto “Constructores de Paz”, uno de los profesores afirmaba que, si bien una sumisión total por parte de la población podía ser considerada paz, era una paz indeseada. Esto se debe a que, en ciertos casos, acciones como robar, unirse a pandillas, y demás acciones consideradas moralmente malas, son formas de supervivencia y resistencia en un sistema desigual que parece cerrarles cada vez más puertas. Estas dinámicas se pueden ver mucho más marcadas en contextos urbanos, donde después de la década de los años 80, las tasas de violencia son mayores a las rurales (Camacho, 1992).

Esto se explica a través de problemáticas a nivel nacional e internacional que se dan en esta década, como lo son el aumento del desempleo, las migraciones internas en Latinoamérica, el narcotráfico y el crecimiento de economías informales e ilícitas, entre otras (Del Olmo, 2000), creo que no estaría de más decir que la familia materna de mi primo había migrado desde la violencia de Tumaco, y su familia paterna del campo. Sin embargo, estas grandes oleadas de migraciones, sumadas a el crecimiento desordenado, formas de sobrevivir como las invasiones, la violencia estatal y estigmatización social, logran que las ciudades sean espacios con desigualdades y exclusiones que se observan a simple vista en cuestiones de minutos de desplazamiento al interior de estas. De esta forma, las poblaciones que terminan marginadas, ante el rechazo y la falta de oportunidades, pueden terminar por ver en la ilegalidad, formas de sobrevivir en un ambiente

excluyente (Del Olmo, 2000). Esta pobreza relativa, al cruzarse con la exclusión social, da como resultado la posibilidad de una apropiación de recursos por medio de la violencia directa, pasando a ser esta un ejercicio económico en el cual la muerte de uno es algo natural y necesario para la sobrevivencia económica de otro.

Sin embargo, aunque surge de un problema de acceso a oportunidades, las dinámicas de la violencia en las ciudades cuentan con la presencia de armas de fuego técnicamente complejas, de motos y automóviles, de dos o más victimarios, de mensajes que aclaran los motivos del homicidio y de manera sobresaliente el recurso al personaje siniestro del sicario, denotan que no nos encontramos frente a violencias espontáneas de individuos anómicos o pobres sin rumbo. Por el contrario, es una violencia que ostenta recursos y muestra planificación y organización para su desarrollo; sobresale la instrumentalidad de esta violencia. (Camacho, 1992, p. 46).

Esta organización de la violencia permite que se use para fines específicos en los espacios urbanos, dando paso a que esta llegue a ser una herramienta común para solución de conflictos o ajustes de cuentas –que pueden estar ligados a problemas personales o ilícitos– que no se pueden llevar a cabo por medio de la justicia estatal. Sin embargo, aunque “en este caso el conflicto no involucra en principio organizaciones, [...] para llevar a cabo el ajuste de cuentas se acude a personas o entidades especializadas en el oficio de la muerte” (Camacho, 1992, p. 46). En otras palabras, aunque la violencia no se lleve a cabo personalmente, es posible contratar una organización que haga uso de la violencia por uno. Adicionalmente, hallamos fenómenos como las *limpiezas sociales*, las cuales consisten principalmente en eliminar la población con diversas identidades que “ensucian” la ciudad, como “quienes tienen ideas políticas que retan al establecimiento, quienes esgrimen conductas sexuales no aceptadas, quienes manifiestan de manera más aguda ante la sociedad local su pobre o locura y muy especialmente quienes llevan o parecen llevar el rótulo de delincuentes” (Camacho, 1992, p. 53). Bajo la justificación de que se está eliminando una plaga que amenaza con enfermar el orden local y al resto de la población. En el caso de Puerto Tejada, como muestra Taussing, en su libro *Law in a lawless land: diary of a limpieza in Colombia*, las principales víctimas de estas limpiezas son jóvenes que no han tenido acceso a oportunidades. Sin embargo, este parece no ser un problema exclusivo de nuestro contexto, ya que, la violencia juvenil es considerada un problema de salud pública según la OMS (2016), ya que, “cada año se cometen

en todo el mundo 200.000 homicidios entre jóvenes de 10 a 29 años, lo que supone un 43% del total mundial anual de homicidios” (OMS, 2016).

Cifras como las anteriores, terminan por justificar cierta estigmatización ante la población joven, reforzando así discursos de polarización, racismo, clasismo y exclusión. Si bien no profundizaré en la categoría raza, es importante resaltar que, como dice Alves (2017), aunque “raza” no aparezca en sus discursos, el lenguaje de “clase” y “pobreza” tiene todo que ver con raza en una sociedad donde las zonas de pobreza son predominantemente territorios negros” (p. 53). De esta forma, estos imaginarios legitiman el “diseñar y disponer justificadamente de acciones, leyes, reglas ad hoc, instituciones, presupuestos y mecanismos de emergencia para acabar, evitar, detener, contener o controlar a dicho peligro” (Treviño, 2016, p. 261), resultando usualmente en situaciones de militarización en estos territorios, que pueden terminar por generar mayor violencia. Para el caso de Puerto Tejada, vemos que la marcación étnico-racial es fundamental para definir las experiencias de vida de los jóvenes. Tanto porque el ser negro está asociado a la continuidad de afrontar un patrón histórico de desigualdad debido al despojo (Urrea y Barbary: 2005), tanto porque está también se relaciona con las experiencias de violencia.

Una de las principales problemáticas alrededor de la securitización en estas poblaciones es que muchos jóvenes negros se ven condenados a una vida de violencia por parte de los actores estatales por el hecho de ser una persona negra en un lugar violento, por esto “la “raza” se convierte en una “verdad” política; una estrategia de dominación” (Alves, 2017, p. 21). Sumado a esto, la dimensión de género también es un condicionante en esta situación, ya que, además de ser estos las principales víctimas de esta violencia, hay una fuerte construcción de la masculinidad ligada a la violencia y a la capacidad de pasar por encima de los demás, dejando la capacidad de empatía como un sinónimo de debilidad en los hombres, creando la necesidad de incluir categorías como raza y género a la hora del análisis de contextos de violencia.

Frente a este asunto también vale la pena señalar que “los estudios sobre la violencia urbana en América Latina se han enfocado tradicionalmente en las dimensiones de clase de las víctimas y perpetradores de crímenes urbanos. En general, la prolífica literatura sobre el asunto se ha enfocado en la cuestión de fondo sobre la relación entre pobreza y criminalidad (Zaluar, 2004). Intentando huir de la asociación entre pobreza y criminalidad, además del discurso culturalista de una cierta “cultura de la violencia” (Salazar, 1991), algunos teóricos han propuesto una mirada alternativa

del problema enfocándose en los modelos de masculinidad predatoria (Penglase 2008), en las cuestiones referentes al vertiginoso y caótico proceso de urbanización (Camacho 1990; Del Olmo 2000) o en las cuestiones referentes a los cambios generacionales y económicos en la región (Rubio 1997; Nagle, 2008, en Alves, Rodríguez y Valencia, 2018).

Por esto, retomando algunos puntos del proyecto Constructores de Paz, en el que, consideramos que los análisis de la violencia urbana, en contextos que han sido marcados históricamente por dinámicas de exclusión racial y de género, no se pueden dejar por fuera estas categorías en la producción y reproducción de estructuras que refuerzan la vulnerabilidad, desigualdad, segregaciones espaciales y violencia. Esto, integrado a las múltiples formas de expresión de la violencia, invita a tener en cuenta problemáticas como los homicidios juveniles, el feminicidio como un problema estructural, histórico y político. Entonces ¿cuáles son las condiciones históricas que normalizan la violencia racial y sexual en Puerto Tejada? ¿por qué las políticas públicas de combate a la violencia en estos contextos han tenido tan baja incidencia? Y, finalmente ¿cómo dar mayor voz e importancia a las voces de las víctimas, en su gran mayoría hombres y mujeres jóvenes marcados por su género y su pertenencia étnico-territorial?

1.3.La pregunta por las posibilidades

Vemos entonces que el asunto de la violencia no es una novedad en nuestro país. Esta se ha adaptado constantemente a nuestros cambios de dinámicas. Ha logrado trasladarse de forma exitosa desde el campo a la ciudad, desde los partidos políticos a las pasiones religiosas, deportivas, entre otras. Sin embargo, en este caso, de violencia urbana, sus mayores víctimas han sido los jóvenes, principalmente de bajos recursos socioeconómicos. Esto ha sido una consecuencia de la violencia estructural que los ha encerrado en un contexto que brinda pocas oportunidades.

Desde el momento en el que una familia de bajo nivel socioeconómico no puede pagar educación privada a sus hijos, accediendo a una educación pública en la que los maestros hacen lo que pueden con los pocos recursos que les brinda el Estado, se pone a estos jóvenes en una posición desigual ante la posibilidad de acceder a la educación superior. Posteriormente, la falta de estudios y de experiencia será determinante a la hora de lograr un empleo con las condiciones e ingresos suficientes para, por lo menos, cubrir los gastos básicos de este. O, en el caso tal de lograr acceder

a educación superior, hay una mayor posibilidad de deserción o de demora en finalizar estos, ya que, la responsabilidad de cubrir sus propios gastos (ya sea alimentación, transporte, copias) o de aportar en su hogar económicamente generan la necesidad de emplearse a la vez que se estudia, creando así, una carga mayor. Por otro lado, en el caso de no poder acceder a educación o empleo ¿qué posibilidades existen? Ante la falta de oportunidades, en muchos casos, la ilegalidad se justifica en las necesidades que hay que suplir, alimentando así, todo un imaginario que estigmatiza a esta población en específico.

Lamentablemente, la respuesta Estatal ante estas situaciones suele consistir en políticas de securitización y represión (como el aumentar la presencia de policía en estas áreas o justificar los actos violentos por parte de esta) que ayuda a reforzar la estigmatización, cerrando así, más puertas. Y esto no es una cuestión de “trabajen, vagos”, sino de un problema de políticas, manejo de recursos y de imaginarios alrededor de una población en específico: los jóvenes negros de los estratos bajos. Quedan preguntas abiertas, cuando a causa de la estigmatización y la securitización, el estado y resto de la población reducen las oportunidades de toda una población ¿cuáles son las posibilidades? ¿la violencia, la ilegalidad, o la agencia? ¿tenía mi primo más posibilidades? ¿hubiera tenido un mejor desenlace si su contexto fuera más similar al mío? Ocasionalmente hablo con los jóvenes a los que entrevisté, o veo sus publicaciones en algunas redes sociales y reviven estas dudas sobre sus posibilidades, en las diferencias en de los contextos, las historias de pérdidas de los jóvenes por malentendidos, venganzas dirigidas a familiares, tensiones causadas por situaciones absurdas. No sé si James escogió la violencia, o si la violencia de su contexto lo escogió a él. Espero fervientemente que la capacidad de agencia brinde oportunidades a estos jóvenes y vida para tomarlas, que sea de alguna forma la respuesta a parte de estas problemáticas, e inevitablemente pienso en qué hubiera sido si estas iniciativas hubieran estado un poco más cerca de mi primo, y logaran, de alguna forma, compensar parte de esas desigualdades históricas de opresiones, migraciones y desigualdades.

CAPÍTULO II:

PUERTO TEJADA: UNA HISTORIA DE AUTONOMÍA Y VIOLENCIA

Mi primer encuentro con Puerto Tejada se dio algunos meses después del inicio de mi proyecto de grado. Ya había realizado mi anteproyecto y llegaba a la expectativa de toda la información que había leído en algunos artículos académicos que hablaban de las problemáticas de violencia, de las luchas de su población, de la importancia de la categoría raza para comprender los procesos de identificación de su población, y algunas noticias, casi que amarillistas, que semanalmente contaban de un nuevo asesinato por parte de las pandillas, de la violencia que se veía a diario, el impacto del paramilitarismo, y otras problemáticas que trataré más adelante. Toda mi información indicaba que Puerto Tejada no era un buen lugar para vivir o para crecer. Pensé que, con estos años de historia tan violenta en tan distintas maneras, el migrar de este lugar sonaba como la opción más racional, buscar una paz en otro sitio y hacerle el quite a la violencia.

Sin embargo, al llegar me encontré con una ciudad con muchos matices, en la que, en solo recorrer un par de cuadras de distancia, se puede pasar de una tranquilidad silenciosa, en la que parece que el tiempo pasa lento mientras sus habitantes toman un par de cervezas sentados afuera de sus casas una tarde cualquiera de la semana, a un barullo inquieto y colorido que llama la atención en muy distintas direcciones al mismo tiempo, y que me costó descomponer para darle un sentido a tanto caos. No vi la violencia que decían los periódicos. Tampoco me encontré con los jóvenes de las pandillas. En vez de eso, me encontré con un grupo de personas que se esforzaban cada vez más por darle una nueva cara a la ciudad, por procurarse las oportunidades que la estigmatización de un pueblo violento –en la que yo había caído– les había quitado. Estas personas han sido marcadas por la violencia en tantas maneras durante tanto tiempo, que sus ganas de quedarse y cambiar su entorno, para mí, hasta el día de hoy, no tiene mucho sentido. Me hicieron cuestionarme mis proyectos, mis acciones y mi sentido de pertenencia con mi propio territorio.

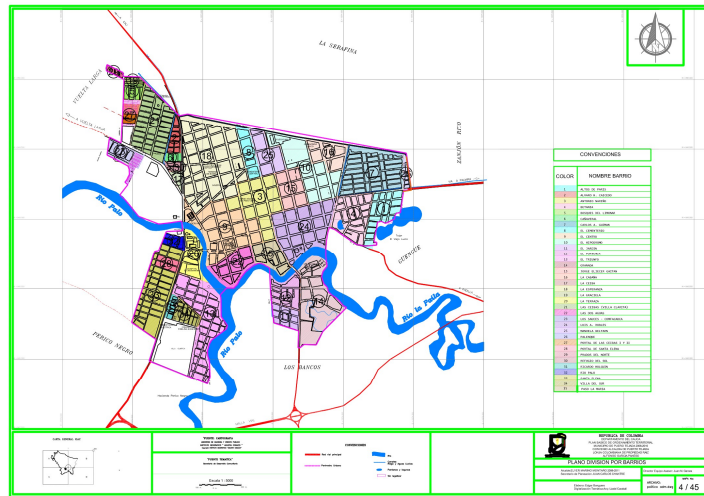
Puerto Tejada tiene una historia relacionada con la esclavitud, el despojo, la explotación, el paramilitarismo, el narcotráfico, pandillas juveniles y violencia estructural bastante fuerte. Pero, junto a estas violencias coexisten muchas personas dispuestas a dedicar su vida a aportar a la ciudad, jóvenes cuyos proyectos de vida tienen como objetivo aportar a cultura, educación, acceso a oportunidades, y construirse a sí mismos mientras reconstruyen y resignifican su ciudad.

Para llegar a Puerto Tejada, desde Cali, es necesario dirigirse al sur de la ciudad. Una vez nos encontremos junto a la estación de Mío Universidades, tendremos un par de opciones para escoger como llegar a nuestro destino. Por un lado, podremos tomar un carro pirata, en el cual un conductor nos llevará de manera informal en un carro particular, y posiblemente en algún momento, si ve policía o un retén cerca, nos dirá algo como “mi nombre es Jeison y si preguntan, somos amigos”. Por otro lado, si queremos optar por un transporte formal, podemos avanzar un poco y esperar más, ya que, a unas dos cuabras de distancia pasa una buseta que nos llevará –posiblemente de pie– por el mismo precio a nuestro destino. Una vez hayamos decidido entre la comodidad del pirata y el ambiente polvoso del bus “vigilado satelitalmente por Dios”, podremos proseguir con nuestro recorrido.

Según la elección, habrá un cambio en cómo vivimos este recorrido. Si elegimos tomar el bus, los vidrios abiertos y el movimiento particular de este, harán del viaje una experiencia en la que el polvo del propio bus y de la carretera serán casi que palpables con nuestras manos, y en el que se sentirá además el viento seco y fuerte en nuestros rostros que se mezcla con el calor y el ruido de lo que, en ese reducido espacio, pareciera una multitud; o incluso sentiremos en las costillas la presión de la maleta de la persona parada junto a nosotros. Por otro lado, si optamos por el carro pirata, nos espera un viaje más bien tranquilo, fresco, libre del polvo de la carretera y la polución de los otros vehículos, con los vidrios arriba y alguna emisora de preferencia del conductor.

Sin embargo, a pesar de las diferencias de cada medio de transporte, tendremos la misma vista del camino. Una vez hayamos pasado por varias universidades y colegios privados a la salida de la ciudad, nos encontraremos con uno de los paisajes más comunes para quienes residimos en el Valle del Cauca. Un extenso cultivo de caña de azúcar. Solo notaremos que hemos llegado al Cauca cuando tras unos quince minutos, llegamos al puente del Hormiguero, el cual reconoceremos por tener un cambuche militarizado en su lado Norte, donde en horas pico la policía ubicará un retén. Sabremos que nos estamos acercando a Puerto Tejada cuando veamos algunos cambios en el paisaje, ya que habrá una leve intermitencia entre cultivos de caña y alguna que otra planta industrial, posiblemente productora de papel. Después de un rato más de recorrido, notaremos un cambio brusco, en el cual pasaremos del verde de la caña a un golpe de paisaje árido. De primera entrada, Puerto Tejada parece tener un paisaje seco, oscurecido por el polvo de la carretera y la

polución provocada por las industrias y los vehículos cruzando constantemente, pero esta es solo la carretera que da a un lado del municipio.



Mapa de Puerto Tejada con división por barrios

Fuente: Alcaldía de Puerto Tejada

En esta entrada encontraremos una vía con poco movimiento y varios negocios locales, algunos restaurantes, peluquerías, perfumerías y unas cuantas prendas de ropa colgadas al sol en las fachadas de las casas. Sin embargo, una vez nos vayamos adentrando a su parte más urbana, posiblemente nos sentiremos abrumados por el ruido constante del paso de las motos, los carros con parlantes que pregonan algunos anuncios del comercio local, algunos vendedores que te invitan a entrar a mirar sin compromiso, los parlantes con música de los mismos negocios y los motorrones que ofrecen sus servicios en cada esquina. Si avanzamos un poco más hacia el parque principal, notaremos como el tiempo parece ser más lento cuando nos encontramos con personas pasando la tarde hablando al ritmo de algún vallenato, salsa o bolero. Aun así, si nos adentramos un poco más en esta amalgama de ambientes, nos encontraremos con fronteras invisibles que no he podido cruzar. Esto se debe a que muchos barrios terminaron por pertenecer a pandillas que más que *defender* a sus habitantes, parecen excluir los barrios de la misma ciudad, e incomunicar los espacios al no permitir un tránsito libre por el riesgo de verse sospechoso para las pandillas, o ser confundido por parecerse físicamente a alguna persona con asuntos pendientes con la pandilla del lugar. En esta ciudad coexisten y contrastan espacios, contextos y dinámicas muy diversas entre sí, que a simple vista parecen no tener sentido. Sin embargo, este es el resultado de años de

historia y dinámicas que han terminado por construir una ciudad llena de particularidades en las que las problemáticas oscilan entre lo urbano y lo rural, el querer irse, pero después regresar o incluso el tener que irse, pero quererse quedar.

2.1. Historia local de Puerto Tejada



Hacienda la bolsa.

Fuente: propia.

Según la historia oficial de la Alcaldía de Puerto Tejada, dice que el municipio

se fundó para “meter en orden” a los pobladores negros de los ríos Palo, Paila y Guengüe. Fue en ese proceso de resistencia que, durante los siglos XVIII y XIX, negros esclavos y libres se tornaron imposibles de controlar por parte de los hacendados; pero con mayor fuerza desde la promulgación de la ley de abolición de la esclavitud en 1851. (Alcaldía de Puerto Tejada, 2013).

La versión más extensa de algunos libros (Mina, 1975; Valencia y Zuluaga, 1997) y parte de la población narra que, la historia de Puerto Tejada inició debido a la presencia de los pobladores negros esclavizados. Es importante tener presente que la presencia de pobladores negros en condición de esclavitud se dio a partir del desarrollo de las haciendas, en la región del Norte del Cauca como unidades productivas de la economía nacional.

Ubicados al norte del departamento del Cauca se encuentran los municipios de Puerto Tejada, Santander de Quilichao, Caloto, Villarica, Guachené, Suárez y Buenos Aires. En términos geográficos, puede decirse que esta subregión posee zonas planas y territorios de ladera los cuales se extienden a lo largo del río Cauca y entre la cordillera Central y la cordillera Occidental al sur

de Colombia. En estos lugares, la minería de oro empezó a consolidarse desde el S. XVIII como parte del proyecto económico de construcción nacional, pero también como una práctica de subsistencia asociada a la resistencia y a la libertad de la población esclavizada de origen africano. El trabajo realizado por los pobladores afrodescendientes, en las minas ubicadas en las tierras que hoy hacen parte del norte del departamento del Cauca, permitió que la región del Valle geográfico del Río Cauca se vinculara rápidamente al circuito mercantil nacional y se configurara como un centro de poder y movilidad de la fuerza de trabajo entre el valle interandino y el Océano Pacífico, lo que permitió la sostenibilidad económica de la naciente república. Los intereses económicos y políticos que dieron forma a esta región estuvieron enmarcados en la explotación minera, que tuvo su complemento en las prácticas agropecuarias. Pese a que los asentos de minas y las grandes haciendas fueron las figuras que durante años determinaron el ordenamiento social y económico de la región, en la segunda mitad del siglo XIX las haciendas nortecaucanas entran en crisis por el decaimiento del circuito del oro y la abolición de la esclavitud (Vélez et. Al, 2013). Dado que los mineros y hacendados no podían disponer más de la fuerza de trabajo esclavizada, estos se vieron obligados a negociar con la gente afrodescendiente buscando formas para promover su permanencia en las tierras mineras y agrícolas. De esta manera, como parte de estas negociaciones tomó auge la aparecería, como sistema de cambio de mano de obra por precarios derechos al usufructo de la tierra (Ararat 2013, 18 en Valencia y Silva 2018).

Este proceso, en el que la población afrodescendiente pasó de ser esclavizada a ser campesina y minera, no fue inmediato, pero marcó de manera muy importante a la región; primero fue necesario un período de transición en el que los antiguos esclavizados debieron seguir trabajando en tierras ajenas, antes de hacerse propietarios de las tierras que los acogerían. Así que, la libertad no trajo consigo la propiedad sobre la tierra (Ararat, 2013), y más bien propició el peonaje de negros sin tierra que entraron al servicio de haciendas y minas de los antiguos dueños (Friedemann y Espinosa 1993). Al terminar la esclavitud, los recursos más importantes de los que disponían los afrodescendientes libres, eran sus conocimientos sobre las diversas actividades productivas y su fuerza de trabajo, que utilizaron posteriormente para recrear y configurar su propio territorio.

De esta manera los pobladores afrodescendientes del Norte del Cauca empezaron a organizarse social y económicamente en sus territorios, dándole continuidad a prácticas como la minería y la agricultura, ahora como la base fundamental de lo que se conoce como la *finca tradicional de*

subsistencia nortecaucana. De acuerdo con Arturo Escobar (2010), estos sistemas se organizaron siguiendo formas de apropiación territoriales familiares y comunales con base en la agricultura, la pesca y la minería. De esta manera el restablecimiento de lazos comunitarios se vio fortalecido por el nacimiento de formas productivas propias, que, para el caso del norte del Cauca, contribuyeron a fortalecer los procesos de autonomía territorial.

Si bien “puede decirse que esta población, recién librada, se hizo soberana en las haciendas a través de diversas formas de colonato para, aprovechando la fertilidad de las tierras, construir fincas familiares dedicadas a la producción” (Zuluaga, 1997, p. 13), el afán de los terratenientes de recuperar sus tierras los llevó a iniciar procesos de despojo y desalojo. “Es en esta coyuntura, y esas circunstancias, cuando se creó, inicialmente, el corregimiento de Puerto Tejada (como extensión de Caloto) y finalmente, el Municipio de Puerto Tejada” (Zuluaga, 1997, p. 13).

Según la Unión Sindical del Cauca, en 1920, tras la abolición de la esclavitud en 1851¹, en el Norte del Cauca², el señor Sergio Arboleda decidió escoger 174 esclavos liberados –hombres y mujeres– que habían pertenecido a las familias Arboleda, Arroyo y Larrahondo para trabajar en la hacienda de La Bolsa a cambio de suplir necesidades básicas como alimentación, abrigo y techo, las cuales no podían cumplir inmediatamente tras la liberación (Mina, 1975). Estos trabajos, principalmente agrícolas, consistían en trabajar al mes, un mínimo de 10 días en las plantaciones de las haciendas, dejando aproximadamente 14 días para trabajar en sus propios cultivos. Durante este tiempo, estos antiguos esclavizados que habían sido usados principalmente para actividades mineras desarrollaron habilidades agrícolas en la plantación de cacao, maíz, caña de azúcar, plátano y arracacha entre otros (Mina, 1975).

Sin embargo, estas condiciones cambiaron cuando los cultivos empezaron a funcionar de manera óptima y se redujeron los 10 días de trabajo. A partir de esto, se decidió cobrar un arriendo por el espacio que ocupaban los cultivos de los antiguos esclavizados. Aunque estas personas contaban con descansos en los días de fiestas y tiempo para ocuparse de sus propias labores, las condiciones parecían aún muy similares a las de la esclavitud. El uso de su tiempo, sus entradas o salidas de las haciendas, o incluso el gasto de su propio dinero, eran monitoreados y controlados por el patrón.

¹ En este año se decreta la libertad de los esclavos a partir del 1 de enero de 1852.

² Subregión geográfica conformada por los municipios de Miranda, Corinto, Caloto, Padilla, Santander de Quilichao y Puerto Tejada; que limitan con el sur del departamento del Valle del Cauca.

Se vigilaba el trabajo realizado tanto al interior de las haciendas como en los cultivos propios, y era necesaria una explicación previa para obtener el permiso de este de poder salir de la hacienda por unas cuantas horas, aceptar jornales en otras haciendas, e incluso decidir gastar o invertir su propio dinero. Esta relación paternalista con el patrón o amo se podía ver reforzada cuando este les obsequiaba ganado a final de año, siendo visto como un hombre generoso y protector.

Sin embargo, en 1885 tras la muerte Sergio Arboleda la hacienda pasó a mano de su hijo Alfonso Arboleda, quien por diferencias en orientación política – al ser de ideología conservadora y los colonos liberales – terminó por expulsarlos, haciéndolos perder sus viviendas y cultivos (Mina, 1975). Tras esta expulsión, varios campesinos negros también fueron expulsados de las haciendas La Josefa y De Quintero, incluso se desalojaron propietarios que habían comprado parcelas durante la vida del señor Sergio Arboleda, anulando e ignorando los contratos.

Así como en la historia anterior, esta situación se dio de forma similar en otras haciendas, donde quienes habían logrado asentarse en el territorio, fueron expulsados nuevamente. Adicionalmente, a lo largo de la historia del Cauca y de todo el país se dieron procesos que buscaban perpetuar las dinámicas de la esclavitud de alguna u otra manera para así cumplir con las necesidades de la competencia del libre mercado impulsado por las potencias capitalistas tras la independencia de España. Uno de estos procesos se dio tras la prohibición de la vagancia, ya que esta incitaba al hurto y demás situaciones que ponían en riesgo la propiedad privada. Por esto, las autoridades podían detener a quienes no tenían oficio ni beneficio, hacienda o renta; a los que, teniendo algún medio de subsistencia, se dedicaran a las casas de juego, las compañías mal opinadas, tabernas, casas de prostitutas o que no demostraran un destino y una ocupación útil; a los que pidieran limosna sin tener alguna lesión suficiente que le impida trabajar o fueran muchachos huérfanos o descuidados por sus padres; a los hijos de familias mal inclinados, con malas costumbres e irrespetuosos con sus padres; a quien se entrega a la ociosidad; a los que, con el pretexto de estudiar, viven sin sujeción; a quien no es constante con su trabajo y oficio; a los forasteros y prófugos sin destino; y a los que van vendiendo mercancías de pueblo en pueblo (cuya actividad no le produjese lo necesario para mantenerse a él mismo y a su familia). (Botero, 2012).

Junto a este proceso está la Ley de Vagancia (Mateo Mina, seudónimo usado por M. Taussig, 1975), que fue una disposición legal retardataria de la tendencia abolicionista que ordenaba que todo afro que fuese descubierto en vagancia debía ser sometido a trabajos de esclavizado por parte

del hacendado. Desde luego, en una sociedad donde el trabajo del negro se asimilaba a la esclavitud en las haciendas, cualquier otra cosa se vería lógicamente como vagancia. (Carabalí 2006). Bajo esta ley, personas pobres fueron detenidas y obligadas a trabajar como prisioneros en las haciendas de los ricos.

De esta manera, la creación del municipio cumplió con las funciones de servir de vivienda a los pobladores negros desalojados de las haciendas, de brindar una ubicación cómodo acceso a mano de obra para los terratenientes y de impulsar el comercio que se estaba dando en la confluencia del río Palo y el río Paila (Aprile, 1994). “Para hacer más irónico el caso, ese lugar se denominó mezclando la palabra Puerto, que invocaba el mercado del río Palo como símbolo de resistencia, con el apellido Tejada, correspondiente a uno de los mayores represores de las ansias libertarias de los esclavos” (Zuluaga, 1997, p. 14). El 14 de julio de 1897 se funda Puerto Tejada como un corregimiento de Caloto, y debido a su crecimiento, “fue segregado de Caloto y erigido en municipio en 1912” (Alcaldía de Puerto Tejada, 2016).

2.2. Del despojo de la finca tradicional a la irrupción de los ingenios

La economía tradicional se basó durante años en la producción “de diferentes cultivos tales como; frutales, pan coger, productos transitorios, y un gran porcentaje de cultivo de cacao, los cuales contribuían a la estabilidad y seguridad alimentaria de la población Portejadeña, ubicándola como exportadores agrícolas del Suroccidente Colombiano” (Gonzalias, 2015, p.16).

La titulación de las tierras en el norte del Cauca obedeció al desmoronamiento de la economía de hacienda bajo la pérdida de control de la mano de obra antes esclavizada. En este sentido, una estrategia de los hacendados consistió en permitirles a los afrodescendientes adquirir propiedades en zonas aledañas a sus haciendas para mantener cerca la fuerza de trabajo, lo que configuró una relación paternalista entre los hacendados y los habitantes de los nacientes poblados de afrodescendientes, como Padilla y Guachené, entre muchos otros (Carabalí 1992; Taussig 1975 en Carabalí 2002).

Para comienzos del siglo XX se da inicio al proceso de restablecimiento de las haciendas por parte de los terratenientes. Fue así como los grandes propietarios intentaron obligar a los campesinos afronortecaucanos a vincularse de nuevo al trabajo en sus haciendas. La entrada del proceso de

industrialización a escala nacional detonó lo que algunos han denominado como el proceso de proletarización o descomposición del campesinado afrodescendiente. En este caso los campesinos comenzaron a ser despojados de sus tierras, para ser sembradas en caña de azúcar y dar paso a uno de los grandes proyectos extractivistas de la región (Valencia y Silva, 2018).

Este proceso de despojo territorial se intensifica desde la década de 1940 con la ampliación de las fincas de mestizos provenientes de la ciudad de Cali y la llegada de una nueva oligarquía comercial, que empieza a concentrar tierra, primero a través de la ampliación de los trapiches paneleros que se realiza entre las décadas de 1940 y 1950, para luego continuar en la década de 1960 con la modernización de éstos y la conformación de grandes ingenios azucareros mediante inversión de capital del naciente empresariado caleño y extranjero³. Según Michael Taussig (1978), lo anterior trajo como corolario que gran parte de la población afrodescendiente oriunda de la zona se viera obligada a trabajar temporalmente en la industria azucarera por el pago de un salario, combinándolo con el trabajo en las fincas, las cuales, por lo reducidas que habían quedado⁴, eran insuficientes para la subsistencia familiar. Esto refleja el paso de una región con una tradición económica de subsistencia campesina, a una región donde predomina una estructura productiva moderna, basada en relaciones salariales y capitalistas con orientación exportadora (Silva y Valencia, 2018).

A mediados del Siglo XX, para el caso del Norte del Cauca, es remarcable el caso de la familia llegó al País Santiago Eder, quien “empezó como comisionista, importador y exportador en Buenaventura” (Mina, 1994, p. 72), y posteriormente impulsaría al gobierno de Estados Unidos a promover la construcción de un ferrocarril que conectara a Cali con Buenaventura a principios del siglo XX. Esto sumado a la apertura del canal de Panamá, conectaba el pacífico colombiano vía marítima con Europa y Estados Unidos, abriendo camino a los mercados extranjeros. Gracias a la inversión extranjera, Santiago Eder fundó el ingenio “La Manuelita”, siendo esta “la plantación de azúcar más grande y más moderna del Valle del Cauca” (Mina, 1994, p. 74), esto terminó por

³ La historia de la familia Eder y hasta cierto punto la de otros norteamericanos como los Barneys y los Simmonds, demuestra como el comercio extranjero penetró en el valle, permitiendo a estos comerciantes hacer sus fortunas, sin tener que correr el riesgo de invertir en grandes haciendas con escasez de “brazos”. Con el dinero de sus actividades comerciales y la ruina de las antiguas familias del Cauca, pudieron adquirir grandes porciones de tierra fértil (Aprile, 1994, p.67)

⁴ Por ejemplo, en Puerto Tejada “el tamaño promedio de la finca campesina en Puerto Tejada pasó de 4.8 has en 1933 a 0.32 has en 1967; por otra parte, las propiedades campesinas en 1933 fluctuaban entre 3.2 y 6.4 has, en 1958 entre 0.64 y 1.3 has, y en 1964 a menos de 0.64 has” (Hurtado y Urrea, 1997:199, citado de Taussig (1978)).

impulsar una expansión de los ingenios azucareros en los años 60, lo cual, debido a las extensas áreas de tierras necesarias por estos, y el cambio de los empleos, causó que muchos antiguos campesinos negros se vieran obligados a irse debido a la forma de producción, mientras llegaron migrantes de Cauca, Nariño y de la costa pacífica en condiciones precarias para trabajar en los ingenios (Gonzalías, 2015, p.17).

Este nuevo modo de producción causa un cambio notable en el uso del suelo, lo cual se acompaña de cambios en la propiedad. Las grandes industrias terminan por comprar no solo las tierras de algunos hacendados que habían quedado en desventaja ante esta industrialización, sino también a muchos campesinos (Guzmán y Rodríguez, 2014), ya fuera de forma voluntaria, forzosa, violenta o por engaños que sacaban provecho de la falta de alfabetización de estos. A su vez, en la década de 1970, empezaron a llegar diversos proyectos que bogaban por modernizar la producción agrícola campesina en el país y, por tanto, la que persistía precariamente en la zona. En este momento se consolida el desarrollo de la agroindustria, con un importante impulso al cultivo de la caña, a partir de la instauración de algunos ingenios que posteriormente se convertirán en polo de desarrollo regional. Las haciendas se convirtieron en grandes ingenios azucareros, que dieron continuidad al proceso de despojo sistemático de los campesinos afronortecaucanos de sus tierras a través de la compra a muy bajo precio, alquiler o robo de sus parcelas. De esta manera los ingenios contribuirán a seguir proletarizando a las poblaciones afrodescendientes, aunque algunas persisten con la realización de actividades de subsistencia relacionadas con el desarrollo de actividades agrícolas y sobretodo de la minería tradicional (Valencia y Silva 2018).

Los extensos monocultivos de caña, hasta el día de hoy, siguen resignificando el ámbito laboral de la ciudad. Mientras se contratan personas de la ciudad de Cali para los cargos altos, las poblaciones más pobres de Puerto Tejada se ven obligadas a tomar empleos como corteros de caña, enfrentándose a condiciones inhumanas que van desde jornadas extensas de sol a sol, el manejo de machetes, el corte de la misma hoja de la caña y los impactos negativos para la salud del humo de la quema, hasta la falta de seguridad social y salarios cada vez más bajos. Por otro lado, el impacto ambiental del monocultivo ha causado una pérdida de nutrientes de uno de los suelos más fértiles del país debido a la erosión del suelo. Adicionalmente, la deforestación de las antiguas especies de árboles frutales que se daban en el territorio, además de eliminar con esta diversidad,

ha causado una marcada disminución en las especies de animales silvestres por la pérdida de su hábitat.

Aunque esta economía variaría más adelante después de que “el casco urbano se transformó también en una “ciudad dormitorio” para trabajadores empleados en Cali” (Guzmán, 2014, p. 172), y posteriormente tras el establecimiento de la Ley Páez en 1996, a partir de la cual “quedan exentas del impuesto de renta y complementarios las nuevas empresas del sector Agrícola y Ganadero, Microempresas, establecimientos comerciales, Industriales, Turísticos, y las compañías exportadoras y mineras que no se relacionen con la exploración o explotación de hidrocarburos” (Alonso, s.f., p. 4), en la actualidad, siguen presentes los impactos negativos de los monocultivos de caña de azúcar.

2.3. De pueblo rebelde a pueblo en conflicto: Narcotráfico, paramilitarismo y pandillas

Las dinámicas de las industrias azucareras dan inicio a dinámicas de migraciones a la zona urbana del municipio. Por un lado, tenemos población que llega de municipios externos (principalmente la zona pacífica) en busca de mejores oportunidades laborales, y, además, la población campesina que se ve obligada a dejar sus tierras como consecuencia a la venta y expropiación de esta. Esta problemática dio como resultado el surgimiento de los barrios de la zona oriental del municipio, Carlos Alberto Guzmán, Betania, Altos de París y Palenque. (Gonzalías, 2015). Los habitantes de estos barrios se encontraban en una preocupante situación de pobreza y, temporalmente, a la falta de servicios como alcantarillado y electricidad. La población nativa del municipio tuvo una reacción de rechazo ante los nuevos pobladores, dando paso a dinámicas de estigmatización y segregación, que terminaron por crear un ambiente tenso y de conflicto interno. Adicionalmente, a partir de la década de 1980 se da en Colombia un auge del narcotráfico. Las dinámicas violentas de este no tardan en llegar a la población de Puerto Tejada como consecuencia a su ubicación geográfica estratégica que cumple la función de corredor del narcotráfico que une la cordillera Occidental con la región del Pacífico. Recordemos que el departamento del Cauca es una región geoestratégica en lo que concierne al desarrollo de las dinámicas del conflicto armado. Por un lado, convergen corredores entre la Amazonía y el Océano Pacífico, el Ecuador y el Valle del Cauca, lo que permite que se movilen tropas de grupos armados y circulen mercancías como armas e insumos para el procesamiento de drogas.

Para el norte del Cauca, por un lado, las Farc logran hacer presencia a través del frente sexto en los municipios de Toribío, Corinto, Miranda, Santander de Quilichao, Jambaló, Caldono y Caloto. Después de una presencia hegemónica durante los años setenta y ochenta, a finales de los noventa irrumpen las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). Según Adriana Espinosa (2011), hay dos razones para explicar la irrupción de la entrada paramilitar a la región, la primera para disputar el control territorial a las guerrillas, en particular a las FARC. En esta versión, ante la incapacidad del Ejército para someter a la guerrilla, los grupos paramilitares fueron llamados a tomar el control (Valencia, 2016 en Espinosa y Valderrama, 2011). La segunda razón explica que la presencia paramilitar está relacionada con los efectos del plan Colombia sobre las regiones donde había cultivos de coca. Este último elemento hizo que muchos grupos paramilitares se desplazaran de dichas zonas en búsqueda de nuevos lugares de poder relacionados con el control y comercio del narcotráfico y de la economía ilegal anclada al desarrollo de diversos megaproyectos a lo largo del Cauca y del Pacífico (Espinosa, 2011). En el caso particular del Norte del Cauca, el paramilitarismo entra a la región por las zonas Norte y Centro del departamento. En la zona Norte, actuaron en los municipios de Buenos Aires, Santander de Quilichao y Puerto Tejada, a través del bloque Calima y en Miranda, Caloto y Corinto por medio del bloque Farallones.

A raíz de esto, el Bloque Calima de las AUC llega al norte del cauca, según el informe sobre el Bloque Calima del Centro Nacional de Memoria Histórica, debido a que las mafias asociadas al narcotráfico estaban interesadas en la adquisición de predios en la zona del norte del Cauca y Jamundí, y en la consolidación de un corredor para la salida de droga hacia el litoral pacífico, de tal forma que el Bloque Calima buscaba disputar a las guerrillas las zonas de las cuales obtenían ingresos de actividades relacionadas con el narcotráfico y brindar seguridad a narcotraficantes que se encontraban consolidando su proyecto de acumulación de tierras (CNMH, 2018).

Con este objetivo en mente, el Bloque Calima se abrió paso a finales de 1999, haciéndose pasar por “indigentes, vendedores ambulantes y vigilantes de los cultivos de caña propiedad de los ingenios de la zona” (CNMH, 2018, p. 629), incluso se dieron testimonios que ponen en evidencia una participación de servidores públicos, militares y consultores de organizaciones que ayudaron a facilitar la entrada de estos. También se identificaron “cinco patrones de macrocriminalidad en el accionar del Bloque Calima, el homicidio, la desaparición forzada, el desplazamiento forzado,

el reclutamiento ilícito de menores y la violencia sexual y basada en el género” (CNMH, 2018, p. 379).

Este grupo estableció su propio orden social en la población tras imponerse como su autoridad principal. La forma de control de este consistía principalmente en llevar a cabo *limpiezas sociales*, las cuales consistían principalmente en eliminar la población con diversas identidades que “ensucian” la ciudad, como “quienes tienen ideas políticas que retan al establecimiento, quienes esgrimen conductas sexuales no aceptadas, quienes manifiestan de manera más aguda ante la sociedad local su pobre o locura y muy especialmente quienes llevan o parecen llevar el rótulo de delincuentes” (Camacho, 1992, p. 53). Bajo la justificación de que se está eliminando una plaga que amenaza con enfermar al resto de la población. Gracias a esto, obtuvieron apoyo por parte de sectores que venían de un historial de violencia, abandono estatal y corrupción policial. Sus crudas maneras de ejercer el poder aumentaron los índices de violencia hasta el 2002, mientras se establecían su autoridad, y disminuyeron desde esta fecha hasta el 2004 (cuando se dio su desmovilización) debido al miedo generado. (Guzmán y Rodríguez, 2014).



Puerto Tejada en Colombia.

Fuente: Proyecto “Constructores de Paz” 2017

Posterior a la desmovilización del paramilitarismo en 2005, encontraremos que en el Norte del Cauca se encuentran arraigadas estructuras asociadas a las bandas criminales, que se especializan en el narcotráfico y la minería ilegal para continuar ejerciendo su control en la región (Valencia 2016, Acnur 2015). Como respuesta a esto, hay un fortalecimiento por parte de estructuras asociadas a bandas criminales que vinculan a distintas pandillas aumentando así los índices de

violencia (Guzmán y Rodríguez, 2014) e incluso superando el número de barrios. Este aumento de pandillas logra generar un ambiente de violencia constante como consecuencia a los distintos enfrentamientos en la búsqueda por el control del territorio. Se recrudecen situaciones asesinatos a modo de venganzas, por conveniencia, malentendidos y a modo de solución de conflictos. Esto nos deja en una situación, en la que muchos jóvenes crecen con la violencia y la muerte como algo normalizado, de lo que aparentemente, no se puede escapar.

2.4. Resignificación de la historia

Personalmente, considero que me quedo corta a la hora de hablar del contexto de Puerto Tejada, creo que las historias de cotidianidad de los jóvenes parecen decir más. Son demasiadas cosas pasando al tiempo en una especie de círculo vicioso que parece perpetuar las problemáticas que vienen desde hace bastantes años, e incluso empeorarlas. No es un misterio que el sistema económico actual ayuda a que los ricos sean cada vez más ricos y los pobres más pobres. Los recursos socioeconómicos de una familia parecen determinar las oportunidades de las siguientes generaciones. Cuando a esto se le suma un historial de violencia, nos encontramos con un contexto bastante pesado, principalmente para quien llega de afuera. Durante semanas escuché historias de violencia, en las que lo más fuerte, para mí, no eran las historias en sí, sino la cara de los jóvenes que contaban una muerte como quien cuenta su desayuno de esa mañana. La violencia está naturalizada, es algo que pasa constantemente y con lo que crecieron. No es normal necesitar policías a la salida del colegio para vigilar que los estudiantes no se maten entre ellos. No es normal contar con risa que una hermana se haya salvado porque la bala del disparo que le dio su novio cayó justo al lado de su cara, en la almohada. No es normal tener que sonreír todos los días a las pandillas culpables de la muerte de un hermano, o de un padre. No es normal no poder atravesar la ciudad por las fronteras invisibles. No se puede naturalizar eso. Sin embargo, es el contexto actual. Es lo que hay. Límites que no podemos cruzar, educación a la que no pueden acceder, carreras profesionales que no pueden cursar y empleos que no los dejan tomar.

Puerto Tejada no solo ha pasado una historia de esclavitud, expropiación, represión, narcotráfico y conflicto interno. Más allá de un historial de golpes a la población, la historia es narrada a modo de una población que resiste y se define a sí misma a partir de su fortaleza. Esto se puede evidenciar al ver la información de la alcaldía, leer sus libros de recopilación histórica, ver videos que buscan

resumirla, entrevistar jóvenes, o simplemente entablar una conversación con cualquier persona del municipio. La historia contada es de la fortaleza de los antepasados que no se dejaron dominar por los esclavistas, que huyeron de las haciendas y se independizaron así no tuvieran las circunstancias a su favor, aprendiendo nuevas formas de subsistencia o utilizando los mismos conocimientos de las haciendas para garantizarse las necesidades básicas. De personas que trabajaron el doble para no volver a las haciendas y defender su orgullo. Población campesina que se supo adaptar a las circunstancias y mantener a sus familias así se les fueran arrebatadas las tierras a la fuerza o gracias a engaños. Este discurso se ha mantenido a lo largo de la historia. En tiempos más actuales, ante circunstancias como el auge del narcotráfico y el conflicto interno por pandillas, encontramos una población que, a pesar de verse inmersa en estas dinámicas, cuenta con reivindicar los valores tradicionales y familiares de respeto, solidaridad y trabajo duro. Incluso, al interior de las pandillas, se cuenta que muchos jóvenes están ahí porque no tienen más opciones, porque a pesar de las condiciones de desigualdad y despojo, quieren poder obtener los recursos económicos que ayuden a su familia y entorno cercano, defenderse de la violencia de afuera. El orgullo de la población ha logrado convertir una historia de violencia en una de resiliencia, la cual, logra motivar a los habitantes actuales. Porque si sus antepasados no solo resistieron la esclavitud, sino que además lucharon para obtener su libertad, ellos pueden, y podrán resistir el contexto actual, e incluso, salir de este. Es una historia de una población afrodescendiente, resistente, resiliente, que continúa haciéndole el quite a la violencia.

CAPÍTULO III: SER JOVEN EN PUERTO TEJADA



Resistencia

Fuente: propia.

La sede del PCN (procesos de comunidades negras) de Puerto Tejada, Sinécio Mina, está ubicada en una esquina, a dos cuadras de la alcaldía. En un segundo piso, frente a una tienda y sobre una verdulería, algunos jueves, esta casa adaptada para oficinas, se convierte en mi campo.

En medio del calor de la tarde y el ruido de muchas motos y algunos carros pasando en la calle, y ocasionalmente la música en algunas casas vecinas, a partir de las 2pm empiezan a llegar los jóvenes participantes del diplomado “Constructores de Paz”. Mientras suenan los dos ventiladores en las paredes de lo que debería ser la sala, pero que está adecuada con un par de tableros y una lona para proyectar, los chicos que llegan un poco más temprano se entretienen jugando un poco con la marimba y algunos tambores junto a la ventana que ambientan la habitación a modo de decoración.

Se escucha el saludo de quienes van subiendo por las escaleras, mientras en la primera habitación/oficina, Dilme, una de las encargadas de la organización, intenta adelantar trabajo pendiente en un computador antes de que inicie la sesión. Dilme trabaja en un computador de los viejos, de pantalla grande y teclado duro al tacto, que suena estruendosamente en cada tecla

que presiona, con cuidado de no equivocarse, pero procurando velocidad por cuestiones de tiempo.

Con el tecleo choca ocasionalmente el sonido de la puerta de al lado, una puerta metálica, de un baño sin agua, que se atora en su propio marco y te obliga a golpearla para poder salir. Este golpe seco usualmente toma por sorpresa a quien se encuentre curioseando el librero junto al baño, el cual a simple vista parece estar lleno de libros sobre la historia y la defensa de derechos de personas afro.

Mientras las otras dos oficinas y la cocina, también sin agua, mantienen solas, en un silencio estático y con ambiente un poco más oscuro por no tener ventanas, pasados unos 20 minutos, y con la mayoría de los integrantes sentados en un círculo de sillas Rimax en la sala/salón de clases, nos disponemos a escuchar qué temática se va a tratar en la sesión del día.

Mientras tanto, al exterior del PCN, en el resto de la ciudad se mezclan los sonidos suaves de las personas que intentan reconstruirla al ritmo de una salsa vieja con tintes de bolero o un hip hop contemporáneo, con los ruidos chocantes de la violencia a la vuelta de la esquina que retumban en seco como el fuerte tecleo irrumpiendo en una conversación, mientras algunos observamos e intentamos descomponerlos con el objetivo de darle sentido al caos, o al menos entender de dónde viene.

3.1. Joven Entre Jóvenes

Mi proceso reflexivo ha dado más vueltas que mi pregunta de investigación. Este proceso que debía durar un año pero que opté por alargar seis meses más, terminó por transformar constantemente mis concepciones sobre Puerto Tejada, sobre estos jóvenes, el acceso a oportunidades, las posibilidades de crearse las propias cuando no hay, y sobre mí misma, mi relación con mi familia, mi(s) territorio(s), mis oportunidades y lo que estoy construyendo a partir de eso.

Aún no me siento del todo bien al llamarlos jóvenes, chicos o muchachos, entre otras. Para mí, estas palabras parecen definir o describir personas con menos experiencia, con menos conocimiento y que será, por lo tanto, tomada menos en serio. Posiblemente el lector no encuentre

nada de eso en aquellas palabras, sin embargo, para mí, como parte de esa población, el ser llamada joven, muchacha, chica, o niña en algunos casos, se ha sentido como una casi qué declaración de que mi voz vale un poquito menos y se ha llegado a usar como una forma de subestimarme a mí y a mis ideas.

Soy consciente de que desde mi experiencia académica mi voz sonará más bien suave, al fin y al cabo, estas son las reflexiones de una joven privilegiada que intenta graduarse como antropóloga y busca cumplir con ciertos requisitos para obtener su diploma de la forma menos tediosa posible. Sin embargo, invito al lector a maximizar las voces de estos jóvenes, a escuchar estas palabras como un grito por oportunidades y visualización. También hago la invitación a ver la palabra joven como una condición pura de edad, de generación, separada casi que por completo de términos como inexperiencia y falta de conocimiento, ya que, como veremos a continuación, los pocos años de estos jóvenes han dado mucha más experiencia de la necesaria y de la deseada. Incluso el conocimiento ha llegado por sí solo, y a las malas.

Las ganas y la determinación del grupo de jóvenes con el que trabajé hacen que mi historia de vida me permita reconocer mis privilegios. Me pregunto qué harían ellos con mis oportunidades, y espero que esto no se quede en una eterna pregunta sin responder. Incluso considero que, aunque no hicieran cosas increíbles y se dedicaran a ser una estudiante promedio como yo, el poder evitar así sea unas pocas experiencias de discriminación, violencia, o pérdida, entre otras, ya será una gran ganancia.

Mi burbuja personal y académica me encerró en un ambiente propicio para desarrollar habilidades sociales defectuosas y con tendencias ansiosas que se vieron detonadas desde mi primer encuentro con los jóvenes. Tras haber tenido lo que yo llamo *una infancia en cautiverio* que resultó en simplemente ser una persona diferente a lo que se esperaría de mi edad, confirmé fuertemente que, entre mi generación y yo, había una brecha generacional.

En mi primer día de campo -en el espacio del diplomado del proyecto Constructores de paz- me llené de confianza antes de subir al espacio del PCN. Era una estudiante de antropología con confianza en los conocimientos y habilidades que había obtenido durante los últimos cuatro años, a los que se había dedicado casi en tiempo completo, e incluso había dejado permear en su vida personal. Entré caminando firme y con la espalda derecha, en mi mente tenía la actitud de aquellas fotos de Malinowski posando como todo un colonizador. Esto me duró 10 segundos desde la puerta

al salón, donde al encontrarme de golpe con casi 20 personas de mi generación todo se me bajó. Si a duras penas socializaba con mis compañeros de carrera en los últimos años ¿cómo iba a lograr acercarme a ellos?

Este fue un proceso lento de acostumbrarse a vernos las caras constantemente, de irrumpir conversaciones y hacer preguntas raras para hacer a un igual en esa edad. La comunicación y la confianza se construyó a partir de quitarme seriedad, de mostrarme a ellos con frustraciones, contradicciones, anhelos e incertidumbres que parece ser la gran constante a esta edad. No logré quitarme del todo el peso de llegar de la universidad junto al proyecto, no logré que dejaran de decirme profe, aunque ellos lograron que hiciera una tregua con esta palabra y la tomara casi como una muestra de aprecio de ese compartir de conocimientos, tampoco pude llegar a permear en sus espacios más cotidianos. Sin embargo, logramos compartir risas sobre nosotros mismos, experiencias personales que fueron mucho más allá de lo que cualquiera de nosotros esperaba y una disposición de confiar en el otro que agradezco inmensamente.

En las primeras sesiones intenté identificar y delimitar internamente las diferencias entre ellos y yo, establecer lo que nos separaba y hacía que yo no fuera como ellos. En muchos momentos agradecí vivir mi contexto y no el de Puerto Tejada. Este sentimiento se daba fácil al escuchar las historias de violencia que los habían marcado a ellos y a sus familias, cómo las dinámicas diarias de la violencia tornaban el ir tarde al colegio, salir de un hospital e incluso el caminar por el propio barrio en situaciones de riesgo. Sin embargo, no pasaron muchas semanas para notar, que entre más nos conocíamos, hallaba más similitudes que diferencias, y que cada vez que llegaba a mi casa después del diplomado, tenía tantas dudas sobre mí misma como sobre ellos.

Tuve que cuestionarme constantemente. En una de las sesiones del diplomado surgió la pregunta de por qué no podían ser lo que querían ser en su ciudad. Por qué era necesario irse de Puerto Tejada para asegurarse las oportunidades que no había en el municipio, y qué se podía hacer para que las personas que vinieran después de ellos sí tuvieran esas oportunidades. Mientras hablaba con ellos y ayudaba a aclarar dudas cumpliendo mi papel de *profe*, empecé a cuestionarme por qué había tenido que dejar mi ciudad natal – Buga – para poder ser lo que quería ser. Por qué me encontraba queriendo entender la relación con el territorio de un grupo de jóvenes en un municipio del norte del Cauca cuando no entendía, ni me había preguntado siquiera cómo era mi relación con

mi territorio. Por qué ellos en un entorno tan violento y desigual se querían quedar, pero yo me había ido cuatro años atrás, y desde el primer día decidí que no iba a regresar. Mi relación con mi ciudad no había sido marcada por la violencia, no había perdido familiares o amigos, mi vida nunca había estado en peligro por parecerme a alguien más, y mucho menos me había sentido en riesgo cruzando de un barrio a otro. No conocía de fronteras invisibles. No tenía sentido mi ausencia de sentido de pertenencia.

Sin embargo, todos habíamos crecido en un entorno que nos presionaba por ir más allá de lo que nuestros padres habían podido. Veíamos la educación como algo necesario para salir adelante, teníamos miedos e incertidumbres sobre qué queríamos ser, qué queríamos hacer de nuestras vidas y cómo deberíamos vivirlas. Teníamos ejemplos que se suponía que debíamos seguir, de personas que habían construido carreras estables económicamente, pero queríamos cosas que parecían ir en contra de esto, pero ¿por qué escoger una ingeniería o una licenciatura cuando se quería bailar, cantar, viajar, conocer, ayudar? Yo misma me había negado a seguir esos ejemplos cercanos al escoger la antropología, pero, aun así, cuatro años y medio después de escogerla, me encontraba – o me encuentro– en incertidumbre de qué haré con ella.

Las tardes junto a ellos me hicieron reevaluar mi posición privilegiada como estudiante de universitaria, no solo por formarme en una universidad privada, sino por todos los esfuerzos económicos que significaban el trasladarme a Cali semanalmente, el costear una habitación, dejar de ver a mi familia diariamente, el ver la educación y el título universitario como algo que valía no solo cinco años de mi vida, sino cinco años de distanciamientos y esfuerzos económicos familiares. En una de las últimas sesiones, uno de los jóvenes, refiriéndose a la decisión de qué hacer con su futuro dijo “es que una licenciatura es algo que me va a durar toda la vida”, e inevitablemente recordé a mi papá afirmando que la herencia que nos dejaba a mí y a mis hermanas, era la educación profesional. Posteriormente pude dar respuesta a mi falta de pertenencia con mi ciudad, la cual estaba ligada a una historia de violencia, y poco a poco voy descubriendo las posibilidades alrededor de la carrera que elegí hace unos años.

3.2.Sobre ser Joven en Puerto tejada

Espero que, al llegar a este punto, el lector haya generado cierto grado de empatía ante las múltiples problemáticas a las que se debe enfrentar parte de la población joven, y aunque profundizaré un poco en mi percepción de juventud más adelante, considero necesario el pensarse lo que representa el estado de juventud. Esta puede presentarse “como el período en que se posterga la asunción plena de responsabilidades económicas y familiares” (Margulis y Urresti, 1998, p. 4), sin embargo, esta no será una constante universal entre distintos grupos juveniles. Hallé formas muy distintas de juventud, solo al comparar la mía con la de los jóvenes con los que he trabajado durante este periodo de tiempo. Por esto, cuando hablamos de culturas juveniles, es necesario entender por separado, y a la vez relacionar entre sí de una forma holística (Montenegro, 2004) ciertas categorías individuales que terminan por componer nuestras distintas subjetividades. Afirma Auge (2008) que, la juventud no existe. “La juventud como categoría social no existe, los jóvenes no existen, sino grupos o individuos muy diversos que comparten, eventualmente, unas referencias” (Auge, 2006, p. 24), incluso al interior de una ciudad, un barrio, un salón de clases.

Así mismo, esta está sujeta a múltiples variables. En primer lugar, este periodo de tiempo podrá variar su duración con base en la clase social. Si bien, por un lado, yo continúo extendiendo mi juventud al postergar efectivamente mis responsabilidades económicas y familiares, debido a que como sector privilegiado puedo acceder a una formación académica, la cual “tiende a alargarse por la complejidad creciente en el plano del conocimiento, y también, por efecto de la falta de un destino económico asegurado para quienes egresan del sistema educativo” (Margulis y Urresti, 1998, p. 5). Mientras tanto, muchos de estos jóvenes, de mi edad, o incluso menores, se enfrentan a obligaciones económicas, que sumadas a la falta de oportunidades de estudio o empleabilidad terminan por producir un tiempo libre que “no es tiempo legítimo para el goce y la ligereza, es tiempo de culpa y de congoja, es tiempo de impotencia, una circunstancia desdichada que empuja hacia la marginalidad, la delincuencia o la desesperación” (Margulis y Urresti, 1998, p. 5).

Por otro lado, el factor género juega un papel fundamental en la forma de construirse a sí mismo, ya que, “no se nace mujer ni hombre, se llega a serlo gracias a un proceso de socialización que se da dentro de un entorno social específico” (Montenegro, 2004, p. 125). La masculinidad y feminidad se construyen según la definición dada por el entorno, la cual puede variar según la categoría clase y el proceso que se deba seguir a cabo para consolidarse como hombre o mujer.

Mientras en algunas clases privilegiadas esta realización usualmente viene muy ligada a la culminación de estudios y construcción de una carrera profesional exitosa, en cuanto a los sectores populares la realización femenina está ligada al papel de esposa y madre (Montenegro, 2004) – usualmente en edades jóvenes–, que de alguna manera garantiza un modo de vida con un hombre como padre, cuidador y proveedor. Adicionalmente, como menciona Montenegro (2004), y como yo lo vivo a diario, la ciudad no se vive de igual forma entre hombres y mujeres, ya que, “gran parte de esta sigue siendo prohibida para las mujeres en la medida en que aumentan las posibilidades de agresión contra una persona (robos, violaciones, manoseos) si es una mujer a si es un hombre” (Montenegro, 2004, p. 134). Esto se ve marcado más fuertemente en sociedades con comportamientos sexistas muy marcados, o donde población masculina busca imponerse en un lugar, siendo los cuerpos de mujeres, territorios de dominación. Por eso, para varias jóvenes de Puerto Tejada participantes del diplomado no fue difícil identificar las situaciones de feminicidio por no seguir las órdenes de las pandillas, por no acudir cuando se les llamada, por no permitir el acceso a su cuerpo.

La corporalidad termina por determinar parte de la construcción de uno mismo, ya sea por cuestiones de etnia –en cuanto a discursos raciales–, de representación de lo que los medios nos dicen que debe ser un joven –en un contexto en el que nos vemos permeados por medios masivos de comunicación–, de lo que nuestros contextos nos dicen que está y no está permitido para nosotros, o de lo que se quiere mostrar de uno mismo por medio de la forma de vestir, caminar, hablar, bailar, modificar su cuerpo, o demás formas de expresión. De esta misma manera, estos contextos crean sensibilidades y aspiraciones en la forma de vivir, lo que se desea a largo plazo, y lo que se quiere representar, por ejemplo, actualmente es casi que inevitable que los nuevos proyectos de vida no estén ligados de alguna forma a las formas de comunicación mediáticas, a vivir cierto tipo de vida que se nos vende como el joven que toma cervezas en un marco de sonrisas propiciadoras, que aborda aviones, practica deportes y está siempre acompañado por bellas muchachas, ese joven ganador que ante nada se detiene, pero respeta, es el estereotipo privilegiado por los estilemas publicitarios, una construcción equilibrada en la que aparece vigoroso, proteico, deseable, natural, ahistórico, espontáneo. (Margulis y Urresti, 1998, p. 18).

Muchas veces, e incluso, personalmente, el *deber ser* de cada contexto en particular, termina por causar una serie de ansiedades y presiones alrededor de lo que se espera que sea, versus lo que se

quiere ser, y la distancia entre cada posibilidad. “Cada comunidad discursiva es también una comunidad de valores, tiene patrones de actividades a los cuales atribuye valores: lo que hacemos, lo que nos gusta, lo que somos, lo que consideramos ideal, la naturaleza de lo bueno, del bien” (Gergen, 2008, p.42), de esa manera, el discurso de la comunidad que nos rodea se verá reflejado en lo que consideramos como bueno.

Si bien la juventud parece un término universal para describir personas en cierto rango etario, la cultura juvenil se construye y se vive de maneras subjetivas. Es un estado y a la vez un proceso que continua, es “algo individual profundamente determinado por un contexto social; es un presente y la esperanza o el temor del futuro. No es extraño, en consecuencia, que la juventud se halle marcada por el signo de la indeterminación y que, al mismo tiempo, sus características contribuyan a determinar el porvenir” (Zorro, 2008, p.335)

Si bien la juventud parece ser un momento de decidir entre diversas posibilidades qué se quiere ser, ¿qué pasa cuando no se tiene acceso a oportunidades? ¿cuándo se es afro en un municipio con altos índices de violencia? ¿cuándo lo que se espera que se sea no coincide con lo que se quiere ser? Los jóvenes participantes de esta investigación, mi tío, mi primo, y yo, a edades muy cercanas y en la misma condición de juventud, nos afrontamos a un montón de factores que terminan por condicionar nuestras posibilidades, nuestras expresiones, lo que se puede ser, y lo que se puede hacer. Claramente, entre todos nosotros, yo represento esta juventud privilegiada y maleable si así yo lo quiero. Sin embargo, represento una parte muy reducida de la población. James, y muchos más, no podrán vivir para contarnos sobre su juventud, sin embargo, los participantes de investigación, aunque nos cuentan su juventud, esta parece ser un poco más corta. Más difícil, con más contradicciones y menos posibilidades, que, si bien se visualizan, parecen ser muy distantes y esconderse tras el ruido de la violencia, y cuyas voces parecen reducirse en el silencio insoportable de la desigualdad.

Al igual que yo, ellos, mi familia, y muchos otros, pensamos que la violencia había llegado a su fin. Y efectivamente, aunque seguía presente, se redujo y brindó nuevas posibilidades de retornos, de reconquistas, de exploración de nuevos espacios. Por esto es necesario mirar de manera crítica el contexto actual. En un Estado con un historial de incumplimientos, cuando parecía que nos encontrábamos ante una mejora significativa, la violencia se ve recrudecida. Nos vemos ahora enfrentados a una realidad en que el guerrillero vuelve a combate, los líderes sociales son

asesinados diariamente, se implementan políticas que generan una mayor brecha económica, se reducen las posibilidades de acceso a educación, se niega la inversión en la educación pública y se pretende que no pasa nada. Sin embargo, más allá de esto, los jóvenes con los que interactué y los que entrevisté, dejan ver que más allá de las dinámicas violentas en las que se ven sumergidos, y de la desigualdad, existe una fuerte capacidad de agencia y resistencia, que es posible hacerle el quite a la violencia por medio de iniciativas, de la creatividad y de la construcción de uno mismo. Esto es lo que busco explorar a continuación por medio de las historias de vida de algunos de ellos.

3.3.Manuel: “Una licenciatura dura toda una vida”

Manuel es un joven de 17 años alto, alegre, ruidoso, que puede ser reconocido por su seguridad en sí mismo. Su forma de hablar, de moverse y de expresarse de forma fluida sin pensar en la posible desaprobación de quienes están a su alrededor. Hace comentarios imprudentes en voz alta, se ríe de sí mismo, de todos a su alrededor y blanquea los ojos como quien muestra que no toma tan en serio a la persona que habla. Manuel llegó a Puerto Tejada a los 10 años. Vivía con su papá y hermanos en Bogotá, una ciudad grande, donde según él, las personas van a progresar.

Tras el inicio de la enfermedad -que no nombró- de su papá, este decidió retornar donde su familia materna para que sus hijos no estuvieran solos “en caso de una tragedia”. Sin filtro alguno, Manuel dice “cuando dijeron que nos íbamos a mudar a otra ciudad, entre comillas, pensé en un sitio como Cali, cuando voy llegando aquí y voy viendo Puerto Tejada... [...] el cambio fue muy brusco porque llegamos y dije ¿en serio? ¿en serio llegamos aquí? ¿de tantas partes del mundo, teníamos que llegar aquí?”. Tras esto, dice haber caído en “una negación profunda”, por lo cual debía convencer a su papá de devolverse a Bogotá y ponerse a hacer “cualquier cosa”. Sin embargo, se fue adaptando, y por ahora parece no querer irse.

Cuenta que desde que llegó le han hablado de violencia, que en su familia siempre le dijeron que Puerto Tejada es un lugar muy peligroso y le pedían no salir hasta tarde. Considera que su infancia fue *súper chévere* después que de aceptó que tendría que vivir acá. Continuamos con la entrevista y afirmó no haber sido afectado por la violencia, hasta que, tras escuchar la historia de Daniel, irrumpió en seco antes de pasar a la siguiente pregunta y dijo “ya me acordé, sí fui afectado por la violencia”.

Tras contarme la historia de su abuelo y su *abuelastra*, quien una tarde, tras una balacera, fue rozada en la pierna, lo cual, a su avanzada edad -la cual no sabemos porque ella considera que a una mujer no se le pregunta eso-, resultó en ella caída en el piso sin poder levantarse por sí misma. También fue “afectado directamente, en carne propia” el año pasado, cuando camino a un ensayo de baile en otro barrio, unos muchachos lo llamaron y preguntaron de dónde era, tras lo cual, con la amenaza de sacar un cuchillo, le robaron el celular. Cuenta con los ojos muy abiertos y mientras mueve la cabeza hacia adelante a modo de énfasis que uno de los jóvenes que participó del robo tenía una niña cargada y otra de la mano. Complementó diciendo “o sea, no me parece. Ese día me di cuenta de que sí había mucha violencia en Puerto Tejada”.

Manuel cuenta que sueña desde pequeño con los eventos importantes que tendrá en su vida. El ir atravesando las distintas etapas educativas para lograr lo que normalmente entenderíamos como progreso. Sus expectativas se vieron frustradas cuando al ingresar en Puerto Tejado a un grado superior al que cursaba en Bogotá, se encontró viendo temáticas que había visto dos años antes y agrega “yo pensé que Puerto Tejada me iba a volver mediocre”. A esto se sumó una constante situación de acoso escolar en la que le repetían que él no era de ahí y demás. Su momento feliz fue graduarse de ese colegio en quinto. Ese momento significaba que estaba cumpliendo las metas que se estaba proponiendo, lo cual fue un impulso para seguir adelante con las etapas que había propuesto.

Al preguntar qué no había podido hacer por la violencia, me habló de pérdidas. Antes de nacer uno de sus tíos fue asesinado de una forma muy violenta. Mientras mira al techo dice que siempre que escucha historias de él se pregunta cómo hubiera sido conocerlo, qué impacto habría tenido en su vida y qué hubiera hecho con su vida al ser la persona carismática y alegre que describe su familia. En ese momento, sin decírselo, pensé en cómo la violencia nos puede quitar cosas que no hemos tenido.

Manuel baila en la academia de Daniel, afirma escribir ocasionalmente y disfrutar leer poesía de personas que escriben en su tiempo libre. Nos cuenta que pertenece a grupos en Facebook donde personas comparten lo que escriben, que cuando le gusta un poema le escribe a la persona y le pide que le cuente su vida y cómo llegó a escribir eso. Dice que muestra muy poco lo que escribe, solo a unas tres personas en las que tiene mucha confianza. Los amigos son una parte que valora inmensamente, dice que -y lo he confirmado- le gusta tomar muchas fotografías en momentos con

ellos, “son como momentos que empiezan a marcar en mi historia y que después voy a recordar y voy a decir que fueron momentos espectaculares, porque siento que los voy a recordar y me voy a sentir feliz”.

Cuenta que en el colegio donde estudia, público, se dan peleas diariamente. Dice que en un recreo se dieron cinco peleas al tiempo en el patio del colegio: “yo decía, este es el fin del mundo, Dios mío”. Muchas veces estas peleas al interior de la escuela pueden ser mitigadas, pero ser continuadas al final de la jornada con el apoyo de las pandillas a las que pertenezcan quienes participaban. Varios jóvenes son asesinados a raíz de discusiones pequeñas, de malentendidos, de simplemente verse similar a alguien a quien busca. Manuel dice que muchos jóvenes entran a las pandillas con la idea de verse fuertes, de aparentar una imagen ante los demás. Una vez en los colegios todos hablan de balaceras, de armas, de motos, y ante estas historias, muchos más se quieren unir a las pandillas para lograr cierto respeto de los demás.

Pensándose a futuro, Manuel me dice que quiere entrar a una universidad. Pero no a las que hay en Puerto. Me comenta que no tienen mucho prestigio, que el SENA tampoco es una opción porque este educa trabajadores y él quiere un cambio de vida que no sabe explicarme bien. Dice que en su familia la mayoría son estudiados, menos su papá. Ante esto, le ha insistido constantemente que no quieren que esa historia se repita, que tiene que estudiar. “Yo quiero ser un profesional, también para demostrarle al resto de mi familia que nosotros también podemos, porque todos se han graduado de universidades con carreras favorables, menos nosotros. Eso no puede ser. Yo también puedo salir adelante, para que toda mi familia diga “esos muchachos empezaron desde cero y vean donde están””. Al preguntar cómo puede lograr eso respondió “estudiando”, y me compartió el consejo de su papá sobre tomar cualquier oportunidad de estudiar, no importa qué sea, ya que, aunque no le guste todo va a servir a futuro. Me cuenta que espera que las pruebas ICFES le abran puertas, que necesita poder pagar sus estudios universitarios así tenga que conseguirse tres trabajos, ya que es la meta mayor. Sin embargo, dice que su sueño no se podría cumplir en Puerto Tejada, ya que el municipio no cuenta con una sede universitaria donde se pueda capacitar. Dice que, si estudia en la universidad que ofrece Puerto, en donde se presente “obviamente van a preferir a alguien que haya estudiado en la del Valle, o en la Santiago [...] para estudiar tendría que trasladarme a Popayán o a Cali, tendría que tener plata para pasajes y esas cosas”. Me dice que una vez sea un profesional, se quedaría en Puerto Tejada, afirma haberle cogido afecto y querer

aportar a que las personas vean que el ser de Puerto Tejada no significa tener que conformarse con una educación o un trabajo *inferior* al de los demás, o tener menos oportunidades porque no se pueden pagar “que vean que sí se puede, eso es lo que quiero”.

Más allá de la seguridad en sí mismo y su meta de progreso, en conversaciones externas a la entrevista, encontré en Manuel muchas dudas y una sensación de incertidumbre. Ya que, si bien espera con ansias el momento de su grado de bachillerato y el poder iniciar su carrera profesional, aún no sabe cuál será. Muchas de nuestras conversaciones giraron alrededor de cómo escoger una carrera profesional y el miedo de, al iniciarla, darse cuenta de que no es lo que se quiere. En algún momento le mencioné la posibilidad de dedicarse al baile -lo cual puedo decir que hace bastante bien-, sin embargo, su respuesta fue que, aunque le gustara el baile “una licenciatura dura toda una vida”. El discurso del desarrollo y el progreso como sinónimo de educación han permeado en él de una forma inevitable y no se ve en el arte una alternativa profesional. Después de muchas más preguntas, sugerí pruebas de orientación vocacional, sin embargo, ninguna parecía lo suficientemente atractiva o segura para eliminar el miedo de arrepentirse de la decisión. Sin embargo, mucho más allá de la elección que tome Manuel, aunque se quiera quedar, parece que el municipio no le puede brindar esa posibilidad.

3.4. Daniel: “*La danza contemporánea, es como la poesía que yo puedo escribir, pero en el cuerpo.*”

Describir a Daniel me ha costado una considerable cantidad de tiempo sentada frente a un documento en blanco. Como primera impresión de él encontré un joven alegre. Su expresión es sonriente la mayor parte del tiempo, con la facilidad de hacer bromas ocasionales para aligerar la tensión de la atmósfera, o simplemente reírse de alguna situación en particular. Incluso en momentos de dudas, cuando cuestiona lo que está escuchando o pide una explicación a profundidad de algo que siente no entender, aunque su mirada cambia un poco por la expresión de sus cejas que bajan levemente, mantiene una sonrisa en el rostro que parece en parte burlarse de sí mismo. Sin embargo, su rostro se torna serio cuando hablamos de las problemáticas de Puerto Tejada. Su voz parece más gruesa y su semblante lo hace parecer más un adulto que un joven.

Cuando le mencioné que quería entrevistarle respondió positivamente y con su amplia sonrisa ofreció darme toda la ayuda que necesitara. Creo que inicialmente buscaba respuestas alrededor de su relación con el baile urbano, sin embargo, no imaginaba ni una parte de todos los matices que encontraría en él.

En el día que fijamos la entrevista, llegué temprano un lunes a la sede del PCN, estaba recostada en uno de los sillones del lugar, mirando el teléfono para dispersar mi cabeza durante la espera. Reaccioné unos segundos tarde al sonido del golpe en la reja de la entrada en el primer piso. Daniel había llegado y gritaba “hola” para avisar su llegada. Sonó el zumbido del seguro que deja abrir la reja desde una especie de timbre en la oficina del segundo piso, Daniel subió, me saludó, le agradecí por venir, y por un momento no supe qué decir.

Vestía como la mayoría de los días que lo había visto, tenía una camiseta negra un poco ajustada que dejaba notar a simple vista que se ejercitaba físicamente, y unas bermudas que llegaban un poco por encima de la rodilla, pareciendo adecuadas para el clima caliente y seco de la ciudad. Tenía perforaciones en ambas orejas con zarcillos de los colores de la bandera rastafari y en su mano sostenía un teléfono BlackBerry con la pantalla quebrada en una esquina, lo cual justificaba el no poder comunicarnos por WhatsApp. Tras su llegada caminó al balcón, después de un instante decidí acompañarlo y por primera vez mantuvimos una conversación sin las dinámicas del proyecto grande. Nos sorprendimos al descubrir que teníamos la misma edad –22 años– por la diferencia de trayectorias, ambos esperábamos que el otro fuera un poco mayor, yo al saber que él tenía una carrera en el baile y trabajaba como coreógrafo, y él al verme trabajar en conjunto con los profesores universitarios del proyecto. En ese momento se empezó a sentir la distancia entre su juventud y la mía.

Tras un momento de silencio entre nosotros, en el que yo pensaba intensamente qué decir, y conociendo su trabajo como coreógrafo, le pregunté por el baile, y desde cuando había iniciado su interés. Con el sonido de fondo de las motos y los carros pasando justo debajo de nosotros, y un restaurante a dos casas de distancia donde un grupo de personas escuchaban vallenato con alto volumen mientras tomaban cerveza sin importar que fueran solo las dos de la tarde de un lunes, Daniel empezó a contarme que su relación con el baile empezó desde muy pequeño, como a los 7 años, con el Ballet específicamente. Sin embargo, lo dejó a los 10 años por los comentarios de sus compañeros, dijo que había decidido que no quería ser “el niño afeminado que bailaba Ballet”,

mientras blanqueaba los ojos y se burlaba levemente de sí mismo. Después, su sonrisa se abrió un poco al decir que a los 15 años lo volvió a practicar, aclarando que no fue por voluntad propia, sino por una especie de chantaje, en el cual un profesor le ofreció una nota extra por participar en un baile. Desde ahí decidió seguir, incluso cuando estaba en la universidad – lo cual me creó un nuevo interrogante sobre una parte de su vida que no conocía y por la que preguntaría más adelante –. Me contó que su amor empezó con la danza contemporánea, durante algunos años participó en Incolballet, pero descubrió que su pasión era la danza contemporánea, por lo lindo de la libertad que este da. Tiempo después, la confianza en sí mismo y su formación lo impulsó a crear su propia academia de baile en Puerto Tejada.

Nació en la costa pacífica, aunque no recuerda el nombre del sitio exacto. Cuando estaba muy pequeño, su familia emigró a Puerto Tejada –por familiares que ya se habían establecido ahí– con el objetivo de alejarse de la violencia y buscar formas de subsistencia que permitieran sostener una familia de aproximadamente 12 personas entre abuelos, tíos y nietos. Llegaron a un barrio en el que tiempo después, se crearon grupos al margen con el objetivo de proteger al barrio, pero que más adelante tomaron otro rumbo. Por eso, desde su llegada, la vida en Puerto Tejada se ha dado bajo unas dinámicas de constante movimiento al interior de la misma ciudad.

Daniel se describe a sí mismo como una persona arrogante, tal vez como sinónimo de su confianza en sí mismo. Sin embargo, he podido observar cómo hace muecas y blanquea los ojos mientras miente en el teléfono sobre sus compromisos para evitar llegar, o justificar llegar tarde a algún lugar. Se muestra serio a pesar de su constante sonrisa, la cual se torna un poco más amable cuando habla de algunos problemas que ha tenido que enfrentar, dándome a notar un aire de resiliencia ante el contexto al que se enfrenta. Considero que a lo largo de la entrevista y demás conversaciones se abrió emocionalmente de una forma que yo no esperaba. Escuché historias que él mismo confesaba nunca haber hablado de ellas, y en medio de risas y algunos silencios en los que asimilábamos lo que se contaba, debo admitir que fue inevitable cierto sentimiento de admiración.

Al iniciar la entrevista, Daniel describió la infancia en Puerto Tejada como una época feliz, en la que los niños de los barrios podían salir a jugar rayuela o lazo en las calles con las condiciones usuales de no estar afuera hasta muy tarde. La violencia no aparecía en el panorama de sus recuerdos, hasta que un momento más tarde, cuando pasábamos a otra pregunta, dijo secamente

que no había hablado de eso. Su mirada se mantuvo fija mientras hablaba de lo fácil que era ver la muerte en su infancia, lo normal de ir jugando y ver en el camino que habían matado a alguien, o montar en bicicleta y tener que irse porque iniciaba una balacera. Para mí esta era una situación chocante, pero para él era cuestión de cada día, y tan poco relevante que ocupa poco espacio en sus recuerdos.

Después retomó con la frase “la violencia me afectó directamente. En la cara, mejor dicho”, y empezó a contarme sobre la muerte de su papá. “Él era un pilar en mi vida” dijo con la mirada baja, “él estaba en la casa todo el tiempo, me cocinaba, me servía, me cuidaba, lo que él hacía, yo lo quería hacer como él”. Su mamá trabajaba en Cali, así que las tareas del hogar estaban en manos de él. Sus principales intereses cuando estaba pequeño giraban en torno a lo que su papá hacía, describe el ver jugar a Millonarios junto a él mientras llovía afuera y su papá gritaba al televisor con entusiasmo. Intereses como el dibujo, el baile y los deportes surgieron de verlo a él, de querer ser como él, lo cual intentó dejar de lado tras su muerte.

Cuando tenía 7 años, de camino a una casa donde una mujer cuidaba los niños del barrio, Daniel vio como un hombre de cabello largo le disparaba repetidas veces a un hombre. Este corría y pedía ayuda, pero debido a la normalización de estas situaciones y el peligro de verse perjudicado, nadie intervino. Tras el asesinato se formó la usual multitud alrededor del cadáver, mientras Daniel continuaba a su destino sin prestar mucha atención a esta escena ya tan cotidiana. En medio de esta historia Daniel mira al vacío con cara de desconcierto mientras cuenta que un par de horas después llegó una mujer y le dijo de una forma demasiado casual “*que mataron a tu papá ¿no?*”. Con esto él corre a su casa y tras escuchar la descripción del asesinato de su papá, se da cuenta de que ese hombre que vio morir era su padre. Tras esto, Daniel queda en silencio un momento. Estamos sentados en este espacio asimilando lo que se acaba de decir y esos segundos se hacen largos. Después de esto, con algo de vergüenza en la mirada, afirma que es la primera vez que cuenta esta historia. Nos quedamos en silencio un momento más y le recuerdo que si desea que no incluya algo de lo que ha dicho, me lo puede decir en cualquier momento.

Afirma no ser la misma persona desde ese momento: “fue muy feo porque no solo le dieron un tiro, sino que lo mataron y lo remataron. Lo desfiguraron totalmente. En ese punto, mi infancia cambió”. El quedar vacío emocionalmente de alguna forma. Me cuenta que no lloró. Ese día no salió ni una lágrima, y a partir de esto sus recuerdos de la infancia son más bien borrosos. no

recuerda a sus amigos, no recuerda el colegio, dice que su mamá le contó que estuvo en varios psicólogos después de eso. Tampoco los recuerda. A partir de ese momento la violencia parece ser aún más constante, sin embargo, tras ese evento parece que nada de lo que ha vivido se siente tan violento como esa pérdida. Daniel me dice no haber llorado por la muerte de su abuelo, de sus tíos, de algunos amigos, tampoco con su primo que fue asesinado la semana anterior a la entrevista. Yo no sé cómo sentirme en ese punto, tampoco al revisar las entrevistas y escuchar su historia nuevamente. No entiendo cómo es posible atravesar por todo eso, ni logro asimilar del todo la magnitud de aquellos sucesos.

Intenté pasar a los recuerdos felices de la infancia para hacer una transición que permita aliviar lo pesado del ambiente y despejar un poco tantos sentimientos encontrados. Sin embargo, Daniel tiene más bien pocos recuerdos de esos días, muchas cosas que no reconoce le han sido contadas por su mamá. Aun así, se remota a algunos de los pocos recuerdos tras la muerte de su padre. Para él, tanto ahora como en ese momento, la soledad y el encuentro con sí mismo y las posibilidades parece ser una fuente de calma asociado a la felicidad. Me cuenta sobre algunos juguetes que tenía, aproximadamente 20 muñecos sacados de piñatas -o robados a no sé quién- que eran usados constantemente para narrar historias que posteriormente escribía para no perder el hilo cuando volviera a jugar. “Cuando jugaba podía relatar las cosas que no hablaba, jugaba a que mi papá estaba vivo, a que mi mamá estaba ahí, que tenía muchos amigos, recreaba cosas que veía en televisión”. La mirada de emoción infantil mientras me hablaba de esto hizo que me fuera imposible no sonreír al escucharlo y desear que el resto de su infancia hubiera sido igual. Un tiempo después en medio de un disgusto su hermano botó los juguetes y Daniel perdió esta forma de narrativa que le permitía un escape de la realidad en la que se encontraba. Pero contrario a lo esperado, y con una mirada positiva que desearía tener en todo momento de mi vida, Daniel me contó con una sonrisa inmensa que en ese momento empezó a dibujar. En trozos de cartón hizo cada uno de los juguetes que había perdido y siguió jugando, escribiendo, y dibujando. De la manera menos científica posible desarrollé un fuerte sentimiento de admiración. La persona que me hablaba había perdido mucho, había crecido en un ambiente que aún no termino de asimilar en su totalidad, y aun así sus objetivos de vida eran contribuir a la comunidad.

Pregunté qué no había podido hacer por la violencia en un intento de seguir con las preguntas que había programado de manera previa a la entrevista. De una manera muy concisa me dijo “Ser futbolista. Si no hubieran matado a mi papá, yo sería futbolista”.

Actualmente, Daniel se dedica al baile. Estudió Diseño en la Universidad del Valle en Cali -con la ayuda del PCN y gracias al amor por el dibujo tras que empezó tras perder los juguetes-. Cuenta que la carrera no era lo que esperaba ya que sentía que la parte técnica del dibujo mataba de alguna forma la creatividad y lo que a él le gustaba hacer. Lo que estudiaba no cumplía con las expectativas que tenía de eso. Terminó la carrera porque era la primera persona en su familia que iba a la universidad. Sin embargo, durante ese tiempo estuvo bailando en la Casa de la Cultura, Incolballet, Swing Latino, y fue saltando constantemente hasta que el trabajar en esto le permitió pagarse el transporte y cubrir cosas que su familia no podía costear. Dice que el baile estuvo siempre ahí, que, si no fuera por este, no hubiera podido terminar la universidad. Sin embargo, durante ese tiempo entendió que el baile era lo suyo.

“Mi género favorito es la danza contemporánea, es como la poesía que yo puedo escribir, pero en el cuerpo mío, ¿me entendés?” me dice con concentración en la mirada. “Yo, cuando bailo danza contemporánea me meto, me encuentro”. La conoció en Incolballet, y gracias a un grupo en la universidad, se metió más en eso y se enamoró del baile. A partir de eso pensó que le gustaría tener una academia de danza contemporánea, dice que en ese momento supo que al salir de la universidad el diseño le serviría para hacer publicidad de la academia: “dije, salgo de acá, y en 12 años la tengo hecha”. Al preguntar su motivación dijo “tengo la necesidad de que en Puerto Tejada haya una referencia de arte bien hecha, ¿me entendés? una referencia artística totalmente profesional, hecha bien, como es, un espectáculo de primera [...] sin errores, eso es lo que yo quiero generar”. Considera que el arte más que ser el hobby de algunas personas es una disciplina que requiere de respeto y tiempo en la cual la gente se puede sumergir si se hace bien. “Es algo que quiero que se multiplique, que no importa si viene de mi academia, si otra persona lo hace con los parámetros y la profesionalidad, que se multiplique todo eso y se entienda que el arte requiere de más trabajo”. Su grupo de baile intenta ahorrar el dinero de las clases al menos un mes para cada evento, en el cual, sin tener un sueldo fijo como bailarines, se va todo el ahorro.

Daniel ve su futuro en Puerto Tejada. A pesar de la violencia, la falta de oportunidades, los problemas económicos y demás cosas que no serán contadas en este proyecto de grado, este y

muchos jóvenes más, buscan día a día poner su grano de arena para que cada día haya más oportunidades. Es difícil no tener emociones ante una persona que conociéndote tan poco, decide compartirte su historia sin esperar o pedir nada a cambio, que se anima a poner en palabras historias que nunca habían sido contadas. Hace unos meses una profesora me dijo que en mis escritos romantizaba a Puerto Tejada. A lo mejor lo hago. Pero desde el inicio me recibieron con los brazos abiertos y me emociono cada vez que veo algún logro o fotografía de estos chicos en mis redes sociales y no logro verle un punto negativo a sentir felicidad por los logros de alguien más.

3.5. Ser Mujer Joven en Puerto

Más allá de la condición de juventud, el ser una mujer joven en Puerto Tejada trae una carga más. En mi entrevista con las chicas encontré inconformidades en cuanto qué tan en serio las toman sus familias. Si bien consideran un gran avance en la libertad que tienen en comparación con la que tuvieron sus madres, aún se enfrentan a situaciones sexistas que buscan perpetuar el papel de la mujer como un ser que debe encargarse de cuidar a los demás y de realizar labores del hogar. Las familias tienden a sobreproteger en comparación con los hombres de las mismas edades o incluso más jóvenes. Hay limitaciones en los horarios, los lugares, más preguntas sobre el destino, las actividades, las amistades, etc.

Las relaciones se viven de forma en que la familia parece estar implicada. Los padres opinan sobre las parejas de sus hijas, quienes al igual que sus madres a lo largo de su vida, parecen tratar con increíble paciencia relaciones que por momentos parecen no permitirles avanzar en sus metas a mediano o a largo plazo. Las relaciones de sus madres perpetúan la historia de las mujeres que tras muchos años y mucha paciencia parecen disfrutar ahora los frutos de muchos años de soportar ausencias y decisiones con resultados negativos para sus familias. Con menos de 20 años ya se encuentran en relaciones de una duración de más de 3 años que parecen ser un factor fundamental a la hora de tomar decisiones a futuro.

Si bien han tenido la posibilidad de enfrentarse a sus familias ante el desacuerdo inicial por sus parejas y mantenerse firmes en sus decisiones, en ellas encontré una voluntad gigante de tomar decisiones que incluyeran a sus parejas, lo cual no hallé en los entrevistados hombres que siempre

antepusieron sus deseos y solo mencionaron estos aspectos de su vida cuando se les preguntó directamente.

Reconocen los roles de género que se deben cumplir en las familias y llegaron a justificar comportamientos violentos masculinos desde la falta de afecto por una madre ausente, hasta la necesidad de autoridad de un hijo que no tiene una figura masculina en su crianza. Esto termina por justificar situaciones de inconformidad de mujeres que simplemente debieron soportar. Sin embargo, reconozco que hay una mirada crítica ante el trato diferencial entre hombres y mujeres por parte de las personas mayores. Ellas buscan ser quienes trabajan y sacan adelante muchas situaciones de lo que consideran progreso y así mismo aportar a sus familias sin esperar que nadie más lo haga por ellas.

3.6.Lidia: “*Queremos romper el machismo*”

Posiblemente por mis expectativas iniciales de entrevistar a personas marcadas por la violencia no había considerado a Lidia como una de mis posibles entrevistadas. Es una joven que trabaja en el PCN y que resalta por la seguridad y fuerza en su voz a la hora de hablar y expresar su forma de pensar. Se encontraba por casualidad en las oficinas el día en que realizaba mis primeras entrevistas, así que mientras conversaba con Dilme, surgió la propuesta de realizarle la entrevista a ella. El espacio se dio con facilidad y tuvimos la posibilidad de conocernos un poco más. Al igual que en las otras entrevistas, afirmé que a lo largo de esta podrían hacerme preguntas de igual manera, ya que este era un ejercicio de conocernos mutuamente.

Lidia es una joven de 18 años, delgada, no muy alta, con fuerza al hablar y una seguridad en lo que dice que es difícil no tomarla en serio. Tiene un carácter fuerte que se impone y cuestiona lo que se le dice. Nació y creció en Puerto Tejada. Dice que su infancia fue una etapa feliz en la que, si bien estaba empezando una época tecnológica, se jugaba en las calles hasta altas horas de la noche y el mayor riesgo era el regaño de su madre. Sin embargo, un tiempo después, tras ser diagnosticado con diabetes, su hermano mayor -pensando que su vida no sería larga debido a eso- decidió vivir todo lo posible en muy poco tiempo. Esto lo llevó a unirse a una de las pandillas de Puerto Tejada, lo cual empezó a limitar la vida de Lidia y su madre ante la posibilidad de ser posibles objetivos para hacerle daño a su hermano. Dice que lo más triste de la muerte de su

hermano a los 21 años es que no haya sido a causa de la enfermedad sino de las pandillas y la violencia en Puerto. A pesar de la violencia, Lidia considera que el municipio se podía disfrutar de alguna forma, ya que las muertes eran solamente entre los integrantes de las pandillas y no se veían afectadas tantas personas externas.

Me dice que siempre pensó que con las personas de las pandillas no se podía hablar. Que el acercarse a ellos no era una buena idea y representaba un riesgo. Sin embargo, desde que trabaja con jóvenes desde las dinámicas del PCN, ha notado que se puede llegar a un diálogo e intentar entender de dónde viene la mentalidad de estas personas y cómo se justifican sus acciones a partir de las circunstancias que han vivido y las pocas oportunidades que han tenido. Sin embargo, dice que hay jóvenes que parece que no tienen esa parte buena en su interior, que no quieren estudiar o cambiar su modo de vida, y quienes son, de alguna manera, los culpables de que quienes sí quieren hacer otras cosas, no se salgan de las dinámicas violentas de las pandillas.

El disfrutar esta etapa de juventud también se ve limitada por la violencia. El salir en las noches en Puerto Tejada muchas veces puede ser arriesgarse a una bala perdida en medio de una pelea de borrachos afuera de un bar o una discoteca, a una situación de acoso de un hombre que considera que por pertenecer a una pandilla puede tomar control sobre el cuerpo de una mujer. Incluso puede llegar a ser incómodo por ser reconocida por los grupos enemigos de la pandilla de su hermano. El ser una mujer causa un doble riesgo ante la violencia en muchas situaciones, por eso en muchas situaciones termina por tener más restricciones por parte de su familia a la hora de salir, incluso más que a su hermano menor.

Me cuenta que la violencia afecta incluso su vida sentimental, ya que, debido a la distancia entre su casa y la de su novio, no se pueden ver a altas horas, ya que el cruzar los barrios se arriesga a cruzarse con las pandillas, a ser confundido, a quedar en medio de una balacera o incluso alguna bala perdida. Me dice que esas cosas pueden pasar en cualquier hora del día, sin embargo, en la noche las posibilidades son más altas y lo mejor es verse un poco más temprano y evitar el peligro.

Quise preguntar cómo hacerle el quite a la violencia. Teniendo en cuenta que Lidia trabaja en pro de las oportunidades para jóvenes y construcción de paz, me dijo que no sabe qué opciones hay. Dice que la violencia está tan permeada en los jóvenes que no hay una verdadera salida. Me dice que de todas formas eso no importa mucho ya que ella espera irse de Puerto Tejada debido a que no hay mucho futuro en el municipio. Está pensando en estudiar psicología u hotelería y turismo,

sin embargo, el PCN le ha permitido participar en varios diplomados e irse formando, además de aprender sobre su etnia y las tradiciones negras. A partir de esto ha aprendido a apreciar más su historia familiar, a reconocerse en las historias de su abuela que vivió la esclavitud y a apropiarse de estos discursos.

A lo largo de la entrevista logro observar contradicciones en Lidia. Mientras trabaja por la construcción de paz con jóvenes, dice que la violencia de las pandillas no tiene solución. Afirma que se quiere ir del país, que en Puerto Tejada no se puede vivir con esa violencia y falta de oportunidades, y después afirma no quererse ir, dice que Puerto Tejada es un lugar muy lindo para vivir, que la gente es cálida, alegre, que siempre te recibe bien. Que ser iría, pero volvería. Incluso su papá que vive fuera del país hace varios años viene a visitar más al municipio que a su familia. Puerto Tejada parece hacer que las personas se quieran ir, pero no duden un segundo en el querer regresar.

3.7. Ana: “Puerto no tiene remedio”

Ana se unió al diplomado cuando este ya había avanzado. Por cruces de horarios yo no había podido asistir a las últimas sesiones, así que el día de la entrevista fue nuestro primer encuentro. Lidia me propuso entrevistarla cuando le comenté que estaba buscando otra persona. Decidí seguir haciendo las entrevistas en parejas de personas conocidas entre sí, ya que esto parecía dar un espacio de confianza en el que se compartía más abiertamente. Ana tiene 18 años, es una joven con voz suave y aspecto casi infantil que se complementa con su timidez al iniciar la entrevista. En el momento había puesto en pausa sus estudios por un semestre debido a una situación familiar, pero pensaba retomar el siguiente semestre. Cuenta que su infancia en Puerto Tejada fue en un barrio muy conflictivo en el que debía entrar a las 6 de la tarde ante el riesgo de violencia. A esto se sumaba que su papá pertenecía a una de las pandillas, lo cual la convertía a ella en un posible objetivo ante estas dinámicas. Como consecuencia a esto, su papá estuvo preso durante varios años y permanece el recuerdo de ir a visitarlo en la cárcel de Popayán. Desde la entrada era una experiencia negativa ya que “allá lo tocaban mucho a uno” y el estar sin él durante 8 años. Dice que la violencia le quitó la posibilidad de haber salido con su papá cuando estaba pequeña, de pasar más tiempo con él, ir al parque, jugar juntos, ya que no estaba o no podía salir de la casa.

Esta situación constante de riesgo ha obligado a su familia a cambiar de ciudad constantemente durante un largo tiempo. Sin embargo, han podido establecerse nuevamente en Puerto Tejada desde que su papá se retiró de las pandillas. Sin embargo, al reconocer el peligro que significa ser su hija, se establecen limitaciones para salir y en los horarios. Afirma tener a su madre de su lado en los casos en los que su papá parece exagerar en las limitaciones, sin embargo, reconoce que el riesgo sigue ahí.

A pesar de las situaciones vividas a partir de la violencia, Ana parece mantenerse neutral ante estos temas. En cierto punto no se sabe si es una cierta resignación, mientras me dice “si pasó eso, es porque Dios lo quiso así”. Me dice que lo mejor es mantener distancia, “si uno vio y el muchacho vio, después pasa algo y dicen que uno es el sapo entonces van a buscarlo a uno”.

Su meta a futuro es graduarse de ingeniería industrial. Dice que espera trabajar muy duro para irse del país, y llevarse con ella a su papá, su mamá, y su pareja. Si bien afirma tener afecto por Puerto Tejada, disfrutar la vida ahí y “volver siempre al pueblito” en medio de todos los desplazamientos que ha vivido, el querer irse parece que más que una búsqueda de oportunidades, el garantizarse a sí misma y a su familia las cosas que a lo largo de su vida se le han arrebatado como consecuencia a las situaciones de peligro que siguen latentes a pesar de que su padre se haya retirado de las pandillas de forma definitiva. Me dice que la policía no parecer ser una solución, ya que esta usualmente hace favores a los pandilleros, e incluso se pueden ver fumando juntos en los parques en altas horas de la noche. Ana parece intentar tener fe en que las condiciones de vida en Puerto Tejada pueden mejorar, sin embargo, su experiencia de vida parece haber causado cierto nivel de resignación que se nota en su mirada baja mientras piensa en cómo se le podría hacer el quite a la violencia.

3.8.Construyendo una Agencia Afrojuvenil



Grupo de baile de Puerto Tejada.

Fuente: "Constructores de paz"

En uno de los encuentros del diplomado, uno de los participantes planteó el reducir los homicidios de jóvenes como una forma de no perder amigos, dando a entender, así, la magnitud de la problemática ante la cual nos encontrábamos. La pandilla del barrio termina por ser ese actor que no se puede rechazar del todo, ya que eso puede generar conflicto, ni aceptar totalmente, ya que puede prestarse para ser un objetivo para las pandillas externas. Es un actor con el que, obligatoriamente se tiene que interactuar. Puede que se elija no unirse a una, pero es posible que el círculo social cercano no tome la misma decisión. Que un malentendido, o una confusión por verse similar físicamente a alguien más sea un factor de riesgo determinante en la vida de muchos jóvenes.

Tras realizar, escuchar, transcribir y releer estas entrevistas, me queda decir que mi juventud no solo ha sido muy fácil, sino que, ha sido. Margulis y Urresti (1998) plantean que la juventud varía en su duración según el género y el estrato socioeconómico, ya que, así mismo varían las responsabilidades y lo que se debe afrontar. En mi caso, no he sufrido violencia, no he vivido pérdidas, no he tenido incertidumbre por no poder acceder a la educación que quiero o he sufrido estigmatización por mi color de piel o género (teniendo en cuenta mi entorno social). En este caso,

nos encontramos con unos pocos de muchos jóvenes que, desde temprana edad se ven enfrentados a situaciones de pérdida y violencia, las cuales, cada vez se vuelven más difíciles de evadir.

En medio de las pérdidas, las dinámicas violentas inevitables y las pocas oportunidades de estudio que ofrece el municipio cuando no se quiere trabajar en las industrias aledañas, consideré que más allá del costo económico de este, irse de Puerto Tejada, en condición de juventud, era la mejor opción. Sin embargo, el discurso de pertenencia del territorio, de ser la tierra que los ancestros lucharon y consiguieron gracias a su fuerza, sigue presente en estas nuevas generaciones. Se observa que, si bien las concepciones de ideales de vida se adaptan más a los objetivos que nos muestran los medios gracias a internet y la globalización en general, se mantienen los valores que las generaciones mayores consideran tradicionales. La problemática de jóvenes en pandillas se ve como el resultado a un vacío en la presencia de los padres a la hora de formar jóvenes, y no como el resultado de una decisión propia en sí.

En cuanto a cuestiones de género, en los y las jóvenes entrevistados, hay una ruptura en la concepción de los papeles asignados. En los muchachos, se identifica un cuestionamiento a la definición de masculinidad como consecuencia a la percepción que se crea del cuerpo a través del baile, o en la existencia de identidades sexuales diversas, enfrentándose así a reacciones chocantes por parte otros sectores de población, en general de los hombres mayores. En el caso de las chicas, se nota un cuestionamiento ante los tratos diferenciados entre hombres y mujeres al interior de los hogares, y una crianza con mayores limitaciones hacia ellas, sin una justa razón. Y, ante esto, una respuesta de resistencia y desobediencia hacia lo que se espera de ellas como mujeres.

Estos jóvenes son el resultado de una crianza con los valores tradicionales rurales de sus familias, mezclada con las dinámicas globales que llegan por los distintos medios de comunicación. Creando así, continuidades y rupturas a la hora de la interacción con sus mayores. En este orden de ideas, contamos con jóvenes que, al igual que sus antepasados, buscan tener agencia de cambio social en su contexto actual y explorar o crear ellos mismos las posibilidades que un Estado ausente les está negando. Adicionalmente, estas nuevas visiones permiten que las iniciativas que surgen a partir de ellos se muevan en otros entornos que no se habían pensado anteriormente en el territorio. Las visiones de desarrollo y empleabilidad van más allá de los ideales convencionales que se han arraigado en esta región. abriendo paso a nuevas modalidades como lo son el baile, canto, multimedios y comunicación por redes, entre otros, que, además, hagan explícitas las

desigualdades del contexto y la importancia de las categorías de raza y género en las violencias que enfrentan.

Impulsar y apoyar iniciativas que promuevan la educación, tradición cultural, o desarrollo de competencias ayuda a la construcción de una paz positiva y brinda nuevas posibilidades que se construyen desde abajo. Es decir, una paz que va más allá de la firma de acuerdo, y que recoge interés por generar más oportunidades para ellos y ellas, en un lugar específico como es Puerto Tejada. Lo que es visible es que esta idea de generar un cambio pasa por la vinculación a sus proyectos personales y políticos. Es decir, logran construir lo que hemos llamado desde el proyecto “Constructores de Paz” una agencia afrojuvenil. Es decir, un poder que emana desde lo cotidiano, desde las experiencias de estos jóvenes, hombres y mujeres, negros, que recrean nuevas experiencias de vida, recogiendo tal una historia de resistencia, para resignificarla y recrearla en otras experiencias, haciéndole el quite a la violencia.

CONCLUSIONES:

LA VIOLENCIA NO INTERRUMPE EL SUEÑO

La historia de Puerto Tejada, su contexto actual, las vidas de sus pobladores y sus problemáticas en general, no se pueden mirar por separado del pasado de esclavitud, autonomía, del despojo de la caña. En los últimos 30 años, este municipio ha enfrentado las dinámicas de los carteles del narcotráfico, la imposición y represión del Bloque Calima, y la posterior y actual matanza de jóvenes como consecuencia de la existencia de pandillas asociadas a la delincuencia y a la criminalidad organizada.

Este municipio ha vivido una historia que permitiría, de algún modo, definirlo como un municipio derrotado. Donde las injusticias, desigualdades y violencia han golpeado fuertemente desde antes de su fundación, que sale de una problemática para entrar a otra. Y es que ¿cómo más se puede ver un pueblo que ha vivido la esclavitud, el narcotráfico, el paramilitarismo, las pandillas juveniles, altos índices de homicidios, y además es ignorado por el Estado? Sin embargo, increíblemente, y no a pesar de eso, Puerto Tejada es un municipio donde el discurso de la población, fuertemente ligado a la categoría de raza, se define a sí misma a partir de la capacidad para no solo soportar o sobrevivir a estas problemáticas, sino de vivir a pesar de ellas, de resistir y luchar constantemente para lograr un cambio social para las generaciones actuales y futuras.

Más allá de encontrarse en una condición desigual con el resto del norte del Cauca o municipios aledaños en cuanto a las dificultades en su proceso de formación y consolidación, los portejadeños se construyen a partir de su resiliencia y capacidad de cambio social, generando así, una fortaleza que permite afrontarse a las distintas problemáticas que van surgiendo en el camino. Sin embargo, se siguen enfrentando a un contexto desigual que no les brinda oportunidades y que solo es tenido en cuenta por el Estado a la hora de reforzar políticas de represión y control como aumentar el número de policías, pero no a la hora de invertir en educación, salud, cultura e infinidad más de necesidades a las que la población debe afrontar en su día a día. Estas medidas no solo no responden a las necesidades, sino que dan paso a situaciones de abuso por parte de la autoridad, en las que la población no es el objetivo a defender, sino el objetivo a atacar. Muchas veces se narran historias y se escuchan comentarios sobre policías corruptos, que apoyan a ciertas pandillas en específico o ayudan en las dinámicas del microtráfico. Más allá de brindar seguridad, esto genera y perpetua una estigmatización de puertas para afuera, creando todo un imaginario ante la

población como violenta, revoltosa –que viene desde los negros esclavizados que se volaron de las haciendas–, no digna de confianza y donde ni siquiera la representación del Estado en este territorio es de fiar. De esta forma, lo único que llega es represión, se cierran las puertas de oportunidades externas del territorio, y las existentes, financiadas por las industrias, se limitan a formas técnicos o tecnólogos para ocupar puestos en los mismos lugares que en algún momento los despojaron de su territorio. Una vez acorralados en un municipio con recursos limitados y pocas oportunidades ¿qué posibilidades hay?

Nos encontramos con una fuerte problemática en la cual los principales afectados son los jóvenes. Es una población que no puede acceder a educación superior debido a las deficiencias del sistema escolar y a la falta de, primero, herramientas suficientes que les permitan competir en justas condiciones con egresados de otras ciudades que aplican a cupos en universidades públicas regionales o nacionales; segundo, capacidades económicas suficientes para acceder a universidades privadas, desplazarse fuera de la ciudad con el objetivo de estudiar la carrera deseada; y, tercero, la poca oferta de educación superior presente en su mismo territorio que se limita a las necesidades de las industrias aledañas. El resultado de esto es un gran número de jóvenes bachilleres, sin experiencia laboral, que no son contratados en su mismo municipio debido a las pocas oportunidades del entorno, ni fuera de este como consecuencia a la estigmatización de la población de Puerto Tejada como violenta. De esta forma, ¿cómo van a poder garantizarse un nivel de vida digno o ascender en la escala social a futuro? ¿los pobres son pobres porque quieren?

Inevitablemente hallaremos casos de personas que se han esforzado inhumanamente para poder cumplir con ciertos objetivos, pero el argumento de la superación personal parece tapar una problemática al romantizar el crecer en condiciones injustas y de desventaja. No se puede no tomar partido ante una juventud que quiere formarse y contribuir a su territorio, pero cuyo contexto social, político e histórico no se los permite. En el contexto nacional político actual esto es sumamente preocupante, ya que, nos encontramos con políticas de militarización, una mayor inversión en guerra, la pérdida de programas como Ser Pilo Paga, acuerdos con estudiantes y maestros que no se cumplen, cientos de líderes y excombatientes asesinados en menos de un año, en general, una indiferencia total a las necesidades de las poblaciones.

Es un círculo vicioso en medio de un sistema que bloquea cada vez más oportunidades y parece querer cerrar más y más puertas. El intento de defensa de los mismos habitantes terminó en una

población encerrada en medio de dinámicas de la violencia generada por pandillas que intentan proteger territorios cada vez más pequeños mientras amenazan la vida de los demás, y cobrarse, a su vez, de manera desproporcional los servicios de “protección” que se están brindando. Porque cuando no hay un Estado que garantice efectivamente la integridad de la población por medio del ejercicio de la fuerza, y tras el desequilibrio de poder que queda por la desmovilización del grupo armado que cumplía este papel, queda abierta la convocatoria a los distintos grupos de jóvenes que no pudieron acceder a más oportunidades que las de la protección de un territorio como justificación a un uso desmedido de la fuerza. Al final, parece que nos queda toda una generación de jóvenes afro que, al no tener más oportunidades, resignifican sus vidas a partir de las connotaciones de la violencia. Son más hombres, más fuertes, se imponen sobre sus familias, barrios, parejas, los cuerpos de las mujeres que transitan las calles, o cualquier persona que simplemente pise el espacio que ellos proclamaron como propio. Y sí, contamos con una amplia población de hombres que encuentran su realización como hombres por medio del uso de la violencia, y de mujeres asumen el *pertenecer* a uno de estos hombres como forma de estatus social, de estar con quien te “protegerá” en medio de todo lo que está pasando, sometándose a una dominación sin explorar o explotar sus posibilidades de forma independiente.

Afortunadamente, en medio del panorama, a pesar de lo fuerte, imponente y violento de este contexto que termina por ir matando lentamente la esperanza entre cada frontera invisible y cada puerta que se cierra, encontramos que es posible hacerle el quite a la violencia. Más allá de los adultos preocupados por el camino de estas nuevas generaciones, existen organizaciones, grupos de jóvenes, o simplemente individuos que tomaron la decisión de vivir en medio de este contexto, y buscar construir uno mejor, no solo para ellos mismos, sino para otros grupos de jóvenes, incluso quienes pertenecen a pandillas. La agencia afrojuvenil existe. Existe la determinación de jóvenes por crear para otros las oportunidades que ellos quisieran tener, que le dan vuelta al contexto y lo resignifican, como se viene haciendo desde hace muchos años atrás en ese mismo territorio.

Considero que uno de los principales hallazgos de esta investigación, es una generación que aprendió el discurso de las generaciones anteriores y que no se deja apagar por las circunstancias. Este discurso de resistencia ligado a la raza y al territorio que se ganó gracias a la fortaleza característica de ella, que viene desde que esclavizaron las poblaciones traídas de África, se mantiene tan fuerte a través de los años, que, a pesar de crecer entre la violencia, se mantiene la

fuerza en el semblante, no solo para sobrevivir a esta, sino para lograr vivir en medio de esta, y como no, transformarla. Años después, encontramos una población que resiste a las nuevas violencias que llegan, y que, de igual manera, lucha contra esta por medio de sus propias iniciativas, adaptándolas a su contexto generacional.

Si bien las resistencias actuales no consisten en huir de los hacendados o en generar movilizaciones sociales y cívicas, esta generación de jóvenes logra fusionar el discurso tradicional rural de sus mayores basado en familia, trabajo, responsabilidad y lucha con las dinámicas actuales características de una juventud que ha crecido en un auge tecnológico, de comunicación y en medio de la globalización, ante lo cual, se cambian los ideales, los objetivos y los métodos, más no los principios.

Se inicia un rompimiento de los ideales de género, en cuanto a que las mujeres no se ven limitadas a ser amas de casa o vivir para cuidar y los hombres tienen mayores posibilidades de expresar su corporalidad y vivir su masculinidad sin estar ligados a la violencia, de ocupación en cuanto al pasar del campo al baile, de estabilidad al no aceptar tomar un puesto en las industrias y de la definición de éxito o progreso que no se ve definida por un diploma profesional, para abrir paso a nuevas posibilidades más creativas que permiten el desarrollo del uso de tecnologías, aprendizaje de nuevas formas de comunicación y expresión que recogen nuevos idiomas, movimientos, formas de expresarse, darse a conocer y de usar plataformas que se prestan para toda una amalgama de posibilidades con las que se puede estar jugando constantemente. Pero, más allá de estas nuevas metodologías ¿qué significa el desarrollo de estas posibilidades? El éxito ya no se ve definido a partir de una carrera profesional prestigiosa como podría ser una ingeniería, que brinde una estabilidad económica y laboral. El éxito se resignifica a partir de los intereses de cada uno, la decisión de qué hacer en la vida va más ligado a lo que se desea que a la posible estabilidad que se pueda lograr. Más allá de la incertidumbre que pueda llegar a tener una carrera en la danza, las malas condiciones laborales de muchos maestros del sector público, los altos y bajos que puede tener una carrera musical, o el reducido mundo laboral para un científico social o humanista, se tornan en posibilidades a futuro. En la oportunidad de otros jóvenes de conocer la música, la danza, de enseñar que la violencia no es la salida y la investigación e intervención social también son una alternativa, que si bien pueden no garantizar la estabilidad que añoraban las generaciones pasadas,

aseguran una cotidianidad gratificante en cuando a hacer lo que se quiere, y abrir la puerta para que otros, de una forma menos complicada, puedan aprender también a construir.

Considero que, la fortaleza de esta población demuestra el potencial que puede llegar a tener la agencia afrojuvenil en el cambio social de un territorio, como una paz que se construye de forma interseccional y, desde abajo, sin una dependencia total del Estado para transformar el territorio o sus dinámicas. Sin embargo, más que admirar estas iniciativas, es necesario apoyarlas, fortalecerlas, recordar que, aunque se resalta la fuerza de estos jóvenes, debería ser solo una iniciativa de promover cultura, y no de mitigar violencia. No deberíamos estar en un contexto en el que los jóvenes se ven obligados a crear oportunidades porque no las hay. No podemos romantizar la desigualdad a modo de superación personal.

A lo largo de esta investigación y del transcurso del proyecto constructores de paz, aproximadamente 70 jóvenes, y yo, como una de ellos, aunque ligeramente diferente, hemos aprendido que los cambios significativos en las oportunidades no llegarán desde un Estado que no ha estado presente, o que en el caso tal de llegar, no dará una pronta solución a todas las problemáticas. En vez de eso, que es posible crear y comunicar, visualizar problemáticas por medios más dinámicos que una carta queja por oportunidades que no se tienen. Las oportunidades, la paz, y los cambios sociales no surgen únicamente a partir de acuerdos o papeles firmados, también se construye a partir de las iniciativas de la población, por medio de un poema, un cortometraje, un baile, una canción, o la inversión en educación de uno mismo para poder construir algo más grande a largo plazo. La paz no consiste en dejar las armas en el campo, ni en capturar a quienes participan de las pandillas. Es un proceso que debe construirse en un diálogo con las poblaciones y en sus propios términos. Consiste en brindar oportunidades para que tomar un arma no sea la única opción que queda. Garantizar el acceso a cosas básicas como salud, educación, y apoyar iniciativas que buscan resignificar un contexto violento, en una población resiliente.

Creo que, actualmente, tanto ellos como yo, tenemos una nueva visión sobre nuestra propia capacidad de agencia y de construcción. A lo largo de mi carrera académica definí constantemente mi capacidad de agencia a partir de mi formación como antropóloga y no como joven. Escuché y aprendí sobre los logros y trabajos de otros antropólogos, de los distintos profesores que compartían sus experiencias. La posibilidad de construir parecía limitarse a los conocimientos adquiridos y al posible reconocimiento que podría tener más adelante, posiblemente unos cinco o

siete años después de mi grado, al estar un poco más adulta, diría yo. Y es que la academia parece definirnos y limitarnos a un perfil en Colciencias, a las publicaciones y número de citas. Sin embargo, este proceso en acompañamiento de los integrantes de Constructores de Paz y estos grupos de jóvenes, me enseñaron a resignificar mis propias luchas, mi papel como antropóloga y que mis posibilidades no se ven reducidas por mi edad. Si bien ser jóvenes no me da peso en la academia, no me quita la fuerza y capacidad de agencia, o de fortalecer la capacidad de agencia de otras poblaciones, que considero que, al final de cuentas, fue uno de mis principales objetivos a la hora de decidirme por esta ciencia.

REFERENCIAS

Alcaldía de Puerto Tejada (2015). Nuestro municipio: Historia. Recuperado de http://puertotejada-cauca.gov.co/informacion_general.shtml#historia

Alves, J. (2017). Gubernamentalidad Espacial y Agencia Criminal Negra en Cali y São Paulo: Aproximaciones para una Antropología “Fuera de la Ley”.

Alves, J, Rodríguez, E. y Valencia, I. H. (2018) Constructores de Paz: Mi Cuerpo, Mi Barrio, Mi Ciudad.

Aprile-Gnisset, J. (1994). *Los pueblos negros caucanos y la fundación de Puerto Tejada*. Imprenta Departamental del Valle.

Ararat, L., Mina, E., Rojas, A., Solarte, A. M., Vanegas, G., Vargas, L. A., y Vega, A. (2013). La Toma. Historias de territorio, resistencia y autonomía en la cuenca del Alto Cauca. *Observatorio de Territorios Étnicos–Pontifica Universidad Javeriana*, Consejo Comunitario Afrodescendiente del corregimiento de la Toma–Popayan.

Auge, M. (2008). Para una utopía de la educación. *Para cartografiar la diversidad de las jóvenes*, 23.

Botero, N. (2012). El problema de los excluidos. Las leyes contra la vagancia en Colombia durante las décadas de 1820 a 1840. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 39(2), 41-68. Recuperado de <https://revistas.unal.edu.co/index.php/achsc/article/view/37472/41438>

Bourgouis. P. 2012. “En busca de respeto” Siglo XXI Editores.

Caicedo, A. (2003). Aproximaciones a una antropología reflexiva. *Tabula Rasa*, (1).

Camacho, Á. (1992). Violencia urbana: Cali y Medellín. *Medellín: alternativas de futuro*, 293-298.

Carabalí, A. (2002). Los afronortecaucanos: de la autonomía a la miseria ¿un caso de doble reparación? En Almario, O., et al., (2007). Afro-reparaciones: memorias de la esclavitud y justicia

reparativa para negros, afrocolombianos y raizales. Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas. Centro de Estudios Sociales (CES)

Caracol Radio (2013) Pandillas causan desplazamiento urbano en Puerto Tejada, Cauca. Recuperado de https://caracol.com.co/radio/2013/01/30/judicial/1359527040_833286.html

Centro Nacional de Memoria Histórica (2018) *Bloque Calima de las AUC: Depredación Paramilitar y Narcotráfico en el Suroccidente Colombiano. Informe No. 2, Bogotá CNMH.*

DANE (2018). Ficha territorial. Recuperado de: <https://terridata.dnp.gov.co/#/perfiles/19573>

Del Olmo, R. (2000). Ciudades duras y violencia urbana. *Nueva sociedad*, 167, 74-86.

El Espectador (2019). Jornada única: ¿disminuirá la brecha entre colegios públicos y privados? Recuperado de: <https://www.elespectador.com/noticias/educacion/jornada-unica-disminuir-la-brecha-entre-colegios-publicos-y-privados-articulo-832010>

Escobar, A., y Restrepo, E. (2010). *Territorios de diferencia: lugar, movimientos, vida, redes.* Popayán: Envión Editores.

Espinosa, N., y Valderrama, D. (2011). Pasos metodológicos para el análisis cuantitativo y cartográfico del conflicto armado en Colombia. Un estudio de caso. *Estudios Políticos*, (39), 196-230.

Friedemann, N. S. D., y Espinosa, M. (1993). La familia minera en el litoral Pacífico. *Colombia Pacífico*, 2, 560-569.

Gergen, K. (2008). Construccinismo y cambio social. PINZON CASTAÑO, Carlos (Comp.) y otros, *Para cartografiar la diversidad de l@s jóvenes*, primera edición, Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá-Colombia.

González, L. F. (2013). Espacialización de la violencia en las ciudades latinoamericanas: una aproximación teórica. *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía*, 22(1), 169-186.

Gonzalias Escobar, K. P. (2015). *La mirada de los medios de comunicación y la generación del estigma social: las pandillas juveniles de Puerto Tejada, Cauca* (Bachelor's thesis, Universidad Autónoma de Occidente).

- Guzmán Barney, Á., y Rodríguez Pizarro, A. N. (2014). Reconfiguración de los órdenes locales y conflicto armado: el caso de tres municipios del Norte del Cauca (1990-2010). *Revista Sociedad y Economía*, (26).
- Machado, M., y Ocoro, A. (2004). Exploración de las percepciones de jóvenes, familias y agentes institucionales y comunitarios sobre la violencia en dinámicas locales de conflicto Urbano en Cali. *Santiago de Cali*.
- Margulis, M., y Urresti, M. (1998). La construcción social de la condición de juventud. *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*, 3-21.
- Mina, M. (1975). Esclavitud y libertad en el valle del río Cauca. Bogotá: *Publicaciones*.
- Montenegro, M. L. (2004). Culturas juveniles y «Redes Generizadas» Hacia una nueva perspectiva analítica sobre la contemporaneidad juvenil en Colombia. *Tabula rasa*, (2).
- Organización Mundial de la Salud. (2016). Violencia juvenil. Recuperado de: <https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/youth-violence>
- Penglase, B. (2008). “The bastard child of the dictatorship: The Comando Vermelho and the birth of “narco-culture” in Rio de Janeiro”. *Luso-Brazilian Review*, 45 (1), 118-145.
- Rubio, M. (1997). De las riñas a la guerra. *Hacia una reformulación del diagnóstico de la violencia colombiana* (No. 013119). FEDESARROLLO.
- Salazar, A. (1991). Las bandas juveniles en el Valle de Aburra. Una lectura desde la perspectiva cultural. *En qué momento se jodió Medellín*.
- San Luis, G., Hortensia, A., Avendaño, A., y Manuel, A. (2016). Impacto del narcotráfico en jóvenes de Tamaulipas, México: drogas e inseguridad. *Revista de Psicología (PUCP)*, 34(2), 445-472.
- TerriData (2019) Fichas y Tableros Territoriales. Puerto Tejada. Recuperado de <https://terridata.dnp.gov.co/#/perfiles/19573>
- Treviño, R. J. (2016). ¿De qué hablamos cuando hablamos de la " securitización" de la migración internacional en México?: una crítica. *Foro internacional*, 56(2), 253-291.

Urrea y Barbary (2005). Gente negra en Colombia, dinámicas sociopolíticas en Cali y el Pacífico. Consultado en <https://es.scribd.com/doc/296353904/Gente-negra-en-Colombia-por-Oliver-Barbary-y-Fernando-Urrea>

Valencia I.H. y Silva, L. (2018). Entre subsistencias y neoextractivismos locales. Dinámicas mineras en el Norte del Cauca, Colombia. *Estudios Políticos*, (52), 172-193.

Valencia, I. H. y Vinasco, M. D. (2018) Orden social y microtráfico en Cali, Colombia: Entre el outsourcing criminal y la negociación con la violencia.

Vélez, I., Varela, D., Rátiva, S., y Salcedo, A. (2013). Agroindustria y extractivismo en el Alto Cauca. Impactos sobre los sistemas de subsistencia Afrocampesinos y resistencias (1950-2011). *Revista cs*, 157-188.

Zaluar, A. (2004). *Integração perversa: pobreza e tráfico de drogas*. FGV Editora.

Zorro, C. (2008). Algunas miradas de los jóvenes hacia su futuro en Bogotá. *Para cartografía la diversidad de l@s jóvenes*.

Zuluaga, F. U. (1997). *Puerto Tejada, 100 años*. Municipio de Puerto Tejada Alcaldía Municipal.